

un ENREDO

CON LAS CANCIONES

MUCHAS GRACIAS
MUCHACHA

¿ SEÑORA ?

AYER DECÍAS

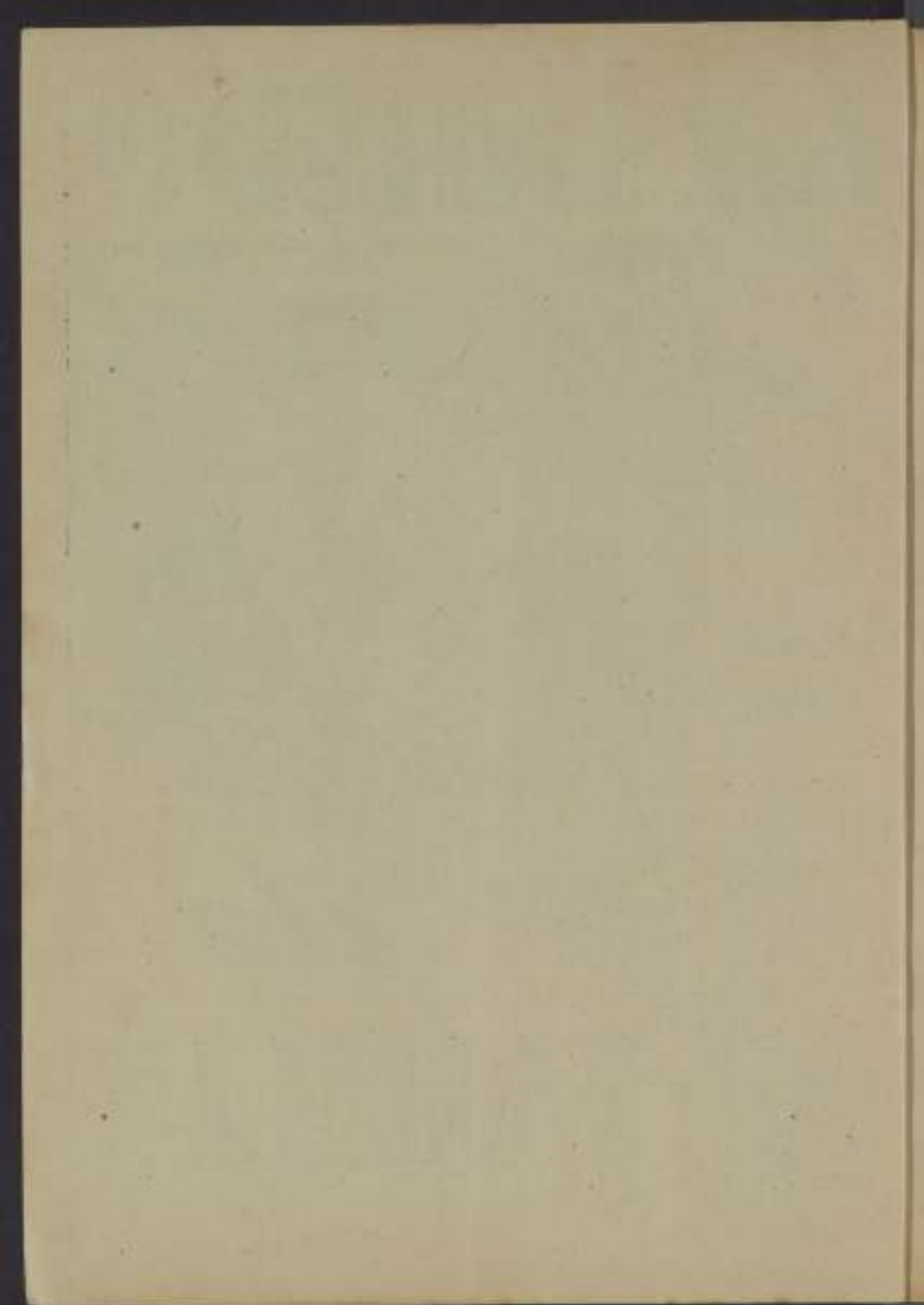
MERCEDES
VECINO
ANTONIO
MURILLO



Editorial *Alas*



de
★ ★
FAMILIA
Biblioteca Cine Nacional SERIE ★ ALTA





NUMEROS MUSICALES

Muchas gracias, muchachas

Señora

Ayer decías...

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

IMPRESA COMERCIAL - MAS Y SALA S. A.

Valencia, 254 - Teléfono 78687

BARCELONA

Biblioteca Cine Nacional

Fundador y Director:

RAMON SALA VERDAGUER

Apartado 707 - Teléfono 70657

EDITORIAL
"ALAS"

Centro de reparto:

Sociedad General
Española de Librería
Calle de Barbant, núm. 14-16

BARCELONA

AÑO VI

SERIE ALFA
Núm. 54

Núm. 29

UN ENREDO DE FAMILIA

EL extraordinario parecido entre dos pares de gemelos —uno femenino y otro masculino— provoca una serie de cómicas situaciones equivocadas al regresar a su país los dos que habíase separado cuando niños, por un ancestral odio (?) entre familias.

Mercedes Vecino y Antonio Murillo, en su doble papel, realizan una magistral creación, sazonada por el ingenioso y humorístico diálogo de Iquino y Prada.

Calle del Mar, 60
VALENCIA



Calle Valencia, 235
BARCELONA

Avenida de José Antonio, 41. - MADRID

INTÉRPRETES PRINCIPALES

<i>Dorita-Catalina</i>	Mercedes Vecino
<i>Juanito-Torcuato</i>	Antonio Murillo
<i>Samuel</i>	Francisco Martínez Soria
<i>Niceto</i>	José Jaspe
<i>Inocente</i>	Modesto Cid
<i>Paz</i>	Mary Santpere
<i>Doña Leona</i>	Concha Gorgé
<i>Don Epaminondas</i>	Pedro Mascaró
<i>Doña Exaltación</i>	Teresa Idel
<i>Florita</i>	Georgina Violeta

Argumento:

Iquino y Prada

Diálogos:

Francisco Prada

Guión:

Iquino

Producción:

Aurello Campa

Dirección:

Iquino

Narración literaria de
VICTOR LOPEZ IGLESIAS

UN ENREDO DE FAMILIA

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

CATALINA TONTESCO Y TORCUATO CAPITTETO RECIBEN LA VISITA DE CUPIDO

ESTAMOS a principios del siglo XX, el siglo que nos traería la radio, la televisión y los bombardeos en picado...

En una gran ciudad española, y en casa de una aristocrática familia, se celebraba una animadísima reunión, que ahora se halla en su punto culminante porque una amiga de la casa, la dulce Catalina Tontesco, canta sentimentalmente un hermoso vals, el «Vals de las olas».

La sala se halla rebosante de belleza y vistosidad, representada la primera por las lindas damitas de apretado talle que, escuchando a Catalina y saboreando humeantes tazas de succulento chocolate, muestran, al sentarse, el principio de la media, con gran alborozo de los re-

presentantes de la vistosidad, los apuestos y arrogantes militares que, con sus flamantes uniformes, producían verdaderas catástrofes en el corazón de las seductoras jovencitas.

En un rincón de la sala, la mamá Tontesco, acompañada de sus otras cuatro hijas y de varias amigas, escucha complacida cómo ensalzan a Catalina, su angelical Catalina.

—¡Oh, es un ruiseñor!... — exclamó una vieja de plateados cabellos.

—¡Ah, tiene a quien parecerse! —dijo otra vieja de cabellos plateados.

—Gracias — murmuró la mamá, que también tenía cabellos y plata—. En mi juventud, fui siempre agasajada en saraos y reuniones. Mi nombre, Catalina Tontesco, apare-

cia siempre en todos los «Ecos de Sociedad».

—Nuestra madre fué una estampa.

—Una lámina.

—Una efigie.

—Un cromo—silabearon las cuatro hijas.

Y un hondo y fuerte suspiro salido de una varonil garganta cortó la colección de elogios. La varonil garganta que suspiraba pertenecía a un hombre que ya había cumplido la treintona, que poseía una hermosa cabellera con tufos y un bigote con unas gúlas como para no extrañarse ni en el «Laberinto» de Creta; se llamaba Torcuato Capitulo, y su familia y la de Catalina se profesaban un odio que se remontaba casi a la Edad de Piedra.

El Destino tiene caprichosas ironías... El Destino se burla siempre de nosotros, y así como a veces nos gasta la broma de dejar repentinamente viuda a nuestra mujer sin un aviso previo ni un dato revelador de lo que va a ocurrir, cosa que no creo dejen de comprender que no tiene gracia alguna, pues este mismo Destino, éste, y no otro cualquiera, le gastó a Torcuato la broma de... Pero no precipitemos los acontecimientos...

Aunque la tierra no tembló, ni el sol se ocultó, ni apareció en el

firmito cometa alguno que presagiase alguna horrenda calamidad, ni Catalina desafinó poniendo en su canto alguna nota que no figuraba en el pentagrama, algo insólito y extraordinario acababa de ocurrir.

Y lo que acababa de ocurrir era, sencillamente, esto: que Torcuato suspiró porque oyó a Catalina, miró a Catalina, vió a Catalina, admiró a Catalina... y se enamoró de Catalina.

Inocente, rico propietario mejicano y fiel amigo de Torcuato que le acompañaba a la reunión, sorprendió la mirada amorosa dirigida a Catalina, y advirtió:

—Muy apasionadamente la miras, Torcuato.

—Me gusta. Es femenina, es divina — exclamó, arrebatado, Torcuato.

Y así hubiera seguido no sabemos cuánto tiempo si no fuera porque Inocente, menos romántico que su amigo, cortó su lirismo con estas palabras:

—¿Esas frases en labios de un Capiteto?... ¿Sabes quién es esa muchacha?... Pues una Tontesco.

¡Maldición! ¡Rayos! ¡Vales y pianos!... ¡Tenía que suceder!... ¡Estaba escrito! Lo mismo les había ocurrido a Romeo Montesco y a Julieta Capuleto, hacía una barbaridad de años antes.

Estupefacto, anonadado, dolorosamente sorprendido, dice Torcuato:

—¡Tontesco!... ¡La hija del enemigo de mi padre!... ¡El odio de Capitetos y Tontescos es a muerte!...

Pero Torcuato reacciona rápidamente, porque Torcuato posee un alma heroica.

Torcuato —nosotros lo sabemos bien— siempre había deseado encontrarse cerca de un incendio en el que corriera peligro niños o mujeres indefensos para arriesgar su vida y salvarlos. O, si no, le agradaría no estar muy distante del mar o río en que estuvieran a punto de ahogarse una, diez o cuarenta personas (el número de los presuntos ahogados siempre le tuvo indiferente) para lanzarse al agua rápidamente, sin necesidad de que nadie le empujara, y salvar a una, diez o cuarenta personas (el número de los que no pudieran ser salvados también le tuvo siempre indiferente).

Pero Torcuato no logró nunca esta oportunidad. Cuando hubo algún incendio, los guardias le mantuvieron alejado de toda zona de peligro, y en cuanto al salvamento de naufragos, nada pudo hacer nunca, por que... la verdad... nada, lo que se dice nadar y se entiende por nadar, él no sabía hacerlo. Pero ahora era distinto... Ahora Torcuato podía demostrar que a él no le arredra-

nada y que su valor estaba por encima de todo. Nada le importaban los riesgos ni los odios. Amaba a Catalina y lo demás le tenía sin cuidado. Por eso, valerosamente, replicó a su buen amigo:

—No me importan los odios de nuestros antepasados, prescindo de rencillas entre Capitetos y Tontescos. Yo soy un hombre moderno y esa bellísima muchacha me aceptará, ella sería la madre de mis hijos.

—¿Y si no los tenéis?

—¡Ah! Entonces sería la abuela de mis nietos—responde, impetuoso, Torcuato. Pero Inocente no era hombre que se dejase convencer fácilmente, por lo que repuso:

—Desvarías «manito». Si no tenéis hijos, ¿cómo vas a tener nietos?...

—Pues será la nuera de mi madre, ¡Mi esposa, vamos! — aclara Torcuato, en su afán de solucionarlo todo y obligando, con esta respuesta, a reír a Inocente con todas sus fuerzas.

Y como acabase en este momento la canción, Torcuato obligó a su fiel amigo a que le presentase a aquella encantadora mujercita.

Y ¿qué había pasado, entretanto, en el alma de la encantadora mujercita, o sea de Catalina?... Pues algo muy similar a lo que sucedió en el alma de Torcuato. El alma de

Catalina era un alma sensible y enamorada y percibió claramente que Torcuato era un hombre guapo, que Torcuato la miraba apasionadamente... y también se enamoró.

Por eso, cuando vio acercarse a Torcuato acompañado de Inocente, sus mejillas se cubrieron de rubor y su corazón latió con tal intensidad que ella temió que le saltase del pecho.

—Catalina, tengo el gusto de presentarte a tu mayor admirador... mi viejo amigo Torcuato Capitulo.

En un instante, comprendió Catalina el cruel dilema a que se veía sometida: o el amor o el deber. O rechazaba a Torcuato o traicionaba a los suyos. Pero su cariño recién nacido era ya más fuerte que todo y, al igual que Torcuato, despreciando la opinión y los comentarios de cuantos estaban a su alrededor, exclamó:

—No me importan los odios de nuestros antepasados, prescindo de rencillas entre Capítulos y Tontes-cos. Yo soy una mujer moderna...

—¡Oh, Catalina! Nacímos el uno para el otro — decía, vehemente, Torcuato.

—Puesto que usted, joven arrogante y decidido, confiesa su amor, dígamelo en una carta que yo, después de haberlo pensado, le contestaré, desde luego, que le amo—res-

pondió Catalina con dulce ingenuidad.

Todo era asombro y estupefacción entre los invitados.

—Ha sido un flechazo—exclamaba un viejo barbudo.

—Ni Romeo y Julieta se enamoraron tan pronto—comentaba una ñoña damisela.

—El amor entra de repente. Yo me enamoré de ésta porque hacíamos buena pareja—decía un hombre pequeñísimo, cogiendo del brazo a su esposa y poniéndose en puntillas para lograrlo, tan alta era.

También la mamá de Catalina se había dado cuenta de la impresión que había causado en el corazón de su hija aquel apuesto caballero.

—No sé quién será ese joven que nos ha traído el calaverota de Inocente—decía a sus amigas— Tiene buen porte. Parece que mi hija Catalina le mira con simpatía.

Y llamando a Inocente, le increpó cariñosamente:

—¡Ah, pillastrón!... ¿Con que presentas a ese amigote a mi hija antes que a mí?

—Ahora lo conocerá usted. Pertenece a una familia española de rancio abolengo que reside en América. Le gustará tratarlo.

—Sí, sí, sin duda... La primera impresión ha sido magnífica.

—¡Ah!, pues espere usted la segunda—replicó, con sorna, Inocente, agregando—: ¿Usted sufre del corazón?... ¿Tiene los nervios bien templados?

—¡Siempre tan ocurrente! Ya veréis, alguna broma de las tuyas—decía la mamá, bien ajena a la «broma» que le esperaba.

—De todos modos, para tranquilidad de mi conciencia, que preparen la cama y que tengan a punto una taza de té—aconsejaba, prudente, el mejicano.

—Buena, ¿quieres acabar de una vez y decirme cómo se llama tu amigo?...

—¡Torcuato Capileto! —soltó Inocente.

—¡Infame!—dijo la vieja, y no pudo exclamar ni una sílaba más porque cayó desplomada.

Gran revuelo se formó en el salón... Todo eran ayes, gritos, exclamaciones, carreras y confusión... Sólo dos personas permanecían impávidas en medio de tanto alboroto: eran Torcuato y Catalina.

—Tuya o de la tumba—decía Catalina.

—Mía, porque la tumba es fría—replicaba Torcuato.

Y así, de esta forma sencilla, empezaba el espantoso drama que había de llevarlos a la tumba.

TORCUATO SE CASA (EMPIEZA EL DRAMA)

DE nada valieron los consejos de los amigos ni las oposiciones de las familias. El amor es fuerza arrasadora que todo lo allana...

El amor se sale siempre con la suya... La única potencia capaz de oponerse con probabilidades de éxito al amor es la suegra, pero esta potencia no nace hasta que el amor consigue lo que se propone, o sea el

matrimonio, es por esto por lo que el amor ha sido, es y será invencible.

Catalina y Torcuato o Torcuato y Catalina («tanto montas») se casaron... Si Torcuato y Catalina o Catalina y Torcuato («monta tantos») no se hubieran casado, el espantoso drama no ocurriría... Pero se casaron y el espantoso drama tiene que ocurrir, entre otras cosas,

porque si no ocurriese, nosotros quedaríamos por embusteros.

Lo primero que hicieron los recién casados, una vez efectuada la boda, fué lo corriente en estos casos: visitar a un fotógrafo.

Tras de ponerse acordes con el precio y dejar bien santada la cantidad exacta de retratos que necesitaban, los dos enamorados se colocan en esa «posse», antigua como el mundo, en la que se immortalizaron tantos padres y madres de familia.

El fotógrafo, hombre experimentado y con mucha clientela, les colocó el indispensable hierro que, impidiéndoles mover la cabeza, conseguía así mantenerlos en la postura deseada para el mejor logro de la fotografía.

Peró el fuego amoroso que llenaba los pechos de Torcuato y Catalina era tan grande, que no había hierro que lo sujetara. Y el fotógrafo se desesperaba al ver lo vano de sus intentos...

Los colocaba, les sujetaba las cabezas respectivas con el hierro y se iba tras la máquina para enfocarlos. Pero colocarse tras la máquina y separarse Torcuato y Catalina del hierro, acercándose el uno al otro, era instantáneo.

—Catalina Tontesco, a pesar de la oposición de nuestras familias, estamos de himen—decía Torcuato,

—Eres ya mi amantísimo esposo, Torcuato Capitulo—respondía Catalina.

Y se separaban del hierro.

—Y tú mi cara esposa—segua Torcuato—, y que conste que lo de «carax» no lo digo por los muchos regalos que te he hecho.

El fotógrafo sale de detrás de la máquina y, colocándolos de nuevo en su sitio, interviene:

—Hagan ustedes el favor de no moverse.

Y se iba otra vez tras de la máquina.

—Te amo, sí—segua Torcuato, juntándose nuevamente con Catalina—; te amo como el tórtolo a la tórtola, elruiseñor a laruiseñora, y el pez a la peza.

Bien sabía el fotógrafo lo que era una luna de miel. El también había pasado por tales momentos de delicia, en los cuales la mujer siempre está sumisa y obediente al menor deseo del marido. Cuando presentan las cuentas de la modista y nos llevan la contraria es un poco más tarde... Sí, el fotógrafo sabía esto y en parte lo disculpaba, pero en su antecámara había otros clientes esperando y él no podía perder tiempo... El tenía que cumplir con su obligación y terminar a la hora prevista, pues de lo contrario, encontraría en casa la comida fría y a su mujer con

un genio de mil diablos por no haber llegado en punto. Pero Torcuato y Catalina no conocían las reflexiones del fotógrafo, y aunque las conocieran, no podían hacer nada para complacerle, porque su amor era lo único que para ellos tenía valor en la vida. Y seguían arrullándose... y separándose del hierro.

—¿Me amas? —decía Torcuato.

—Sí —contestaba Catalina, disfrutando plenamente de las dulzuras inefabiles del amor.

—¿Te amo? —volvía a la carga Torcuato.

—Sí, sí.

—¿Nos amamos? —insistía aún Torcuato.

—Sí, sí, sí... —respondía Catalina, enamorada.

Y el fotógrafo, comprendiendo que eran inútiles cuantas indicaciones hiciese, que el retrato se haría únicamente cuando Torcuato y Catalina hubiesen acabado por sí solos toda la conjugación del verbo amar, sólo pedía a Dios que, una vez realizado esto, no se acordasen que existía también el verbo «querer»...

Pero, de pronto, la Providencia vino en su ayuda. Al unirse en un apasionado abrazo Torcuato y Catalina, resbalaron, cayendo al suelo y allí, en aquella regocijante posición, fueron captados por la máquina de retratar, en la «pose» más original que se ha conocido desde que los matrimonios han adquirido la costumbre de hacerse elegantes fotografías que recuerden la fecha memorable de su enlace.

TORCUATO ES PADRE POR PARTIDA DOBLE (SIGUE EL DRAMA)

TRAS la luna de miel, los recién casados se instalaron en un confortable chalet que Torcuato poseía. ¡Qué alegres transcurrieran los primeros días!... Catalina se entregaba por entero a la colocación de

muebles o arreglo de la casa, y todo —la disposición de un cuadro, el color de una habitación— era pretexto y motivo para una explosión de cariño y para una nueva reiteración del mutuo amor que les dominaba.

Todo era amor y alegría en aquel chalet al que Torcuato, delicadamente, había puesto el nombre de «Villa Catalina». Algo podía enturbiar su dicha el que las familias de ambos, indignadas por aquella unión que enlazaba dos apellidos tan tradicionalmente opuestos como eran los de Tontesco y Capiteto, se hubieran negado a toda relación con ellos y ¡ay!, los hayan desheredado. Pero nuestro matrimonio no se arredra por estas futesas... Torcuato tiene negocios que si bien no alcanzan mucho volumen, son suficientes por ahora para ir apuntalando los gastos de la casa. Y, además, Catalina ha revelado una disposición para la economía doméstica que supone un verdadero hallazgo.

Nada de gastos superfluos... Los trajes que Torcuato se hace por temporada pueden ser reducidos a la mitad, y los de ella... pues... los de ella... Claro que una mujer necesita ir bien vestida. Los hombres se envenenan de ello y a ningún marido le agrada ver que su mujer no va ataviada como aquellas otras amigas con quienes tienen trato diario. Pero Catalina pensará y...

No, no. Torcuato es inflexible en este punto. Catalina seguirá vistiendo con la dignidad a que está acostumbrada. No quiere oír hablar más de este asunto. Y Catalina, que ado-

ra a su marido y es incapaz de llevarle la contraria ni aun de insinuar la más ligera oposición, cede, se deja convencer... y sigue encargándose trajes.

Peró si por este lado no ha podido obtener una reducción en los gastos, ella busca la compensación. Y la logra, con gran contento de Torcuato, en la cuenta de gastos particulares de éste último. Nada de vicios inútiles, como el tabaco o la copa y el café en el casino: suprimidos a rajatabla. En lugar de perder el tiempo y el dinero con cuatro amigotes, las reuniones las tendrá en casita, en unión de su mujercita y de Inocente, el fiel amigo que sigue siendo visita diaria.

Y nada de comidas excesivas y perjudiciales para el estómago, con manjares caros y seleccionados. Con dos platos bien condimentados y abundantes, tendrán lo suficiente para vivir. Claro que esta reducción sólo alcanzará, por el momento, a Torcuato, pues ella —¡oh, qué rubor tan encantador cubre sus mejillas al confesarlo!—, ella tiene que atender y velar a lo que va a venir muy pronto.

Y Torcuato, que admira la disposición de Catalina para la economía doméstica, no cabe en sí de gozo ante la esperada y feliz nueva.

¡Padre!... ¡Va a ser padre!... Y

rie, y llora, y abraza a Catalina, y la mima, y adopta tantas previsoras precauciones que Catalina está deseando llegue el momento de ser madre a fin de que la deje en paz.

Y como nada es eterno en esta vida, y como todo llega en este mundo, el día feliz y venturoso también llegó... Y por partida doble.

Catalina fué madre de dos robustos y encantadores angelotes. ¡Qué alegría la alegría de aquel hogar!... ¡Qué caritas tan graciosas las de los niños!... ¡Qué piecitos tan menudos!... ¡Y cómo conocen tan pequeños la voz de papá y la de mamá!

Orgullosos pueden estar sus padres con tener tan lindas criaturas. Y así se lo dice Inocente, el fiel amigo, en el primer paseo que hace el matrimonio con sus dos gemelos.

—Píxelos sentirse orgullosos: un año de casados y ya tenéis dos gemelos.

—Dos niños hermosísimos—añade Catalina.

—¡Estamos contentísimos, querido Inocente!—concluye Torcuato.

Pero «de sabios es cambiar de opinión», dice el refrán y muchas veces el exceso de una cosa es causa de malestar. Somos mudables como el viento y lo que ayer nos agradó hoy nos fastidia. Algo de esto pasa en el alma de Torcuato...

Ha pasado otro año, y otros dos

gemelos, esta vez niñas, se han sumado a los dos niños que ya había en el hogar de Torcuato y Catalina.

Los nenes siguen teniendo caritas graciosas... Sus piecitos también son menudos, quizá un poco juanetudos, pero pueden pasar. Pero en lo que respecta a las voces, ahora son los papás los que las distinguen perfectamente y las conocen sin la menor vacilación. ¡Señor, y qué manera de llorar tienen!... Las niñas con más suavidad, pero con una insistencia machacona e inaguantable. Los niños acaban quizá más pronto, pero sus llantos son de una potencia de volumen que persiste aun después de haberse callado.

Y no son sólo los «cuartetos» improvisados por los cuatro gemelos y magistralmente dirigidos y ayudados por la voz estentórea y chillona de Catalina, las únicas cosas que amargan a Torcuato.

Torcuato está arruinado. Torcuato se halla casi en la miseria: sus negocios, unos se han esfumado, y otros está él deseando que se esfumen.

Y como las penas nunca vienen solas, en el alma de Torcuato ha mordido cual sierpe venenosa, una duda cruel; ésta: que su Catalina no tiene la disposición que él creyó para la economía doméstica; que Catalina hacía todos los ahorros a cos-

ta de él, y que ahora que esto no basta, Catalina no sabe qué hacer y se ha vuelto toda suspiros, lágrimas y reproches.

Por eso hoy Torcuato, paseando por un parque con su esposa y con el fiel amigo Inocente, y llevando los dos cochecitos en que van sentaditos «las dos partidas dobles», es decir, los cuatro gemelos, ya no dice como antaño: «¡Estamos contentísimos!». No. Lo que dice ahora es esto, bien distinto:

—Lo malo es que han venido otros dos gemelos a complicarnos la vida.

Inocente, con intención de consolarle, interviene:

—¡Pero si son dos niños preciosos!

—¡Estamos fastidiados! —se lamenta Torcuato.

—Podías figurártelo—dice Catalina—. Tú me dijiste que las cosas de tu vida se habían duplicado siempre.

—En efecto, nací en el número dos de una calle; la única enfermedad que he tenido en mi vida ha sido una pulmonía doble, y cuando me peleó con alguien nunca me pegan una bofetada...

—Lo sé; te pegan dos—ataja rápida Catalina.

—Ahora—sigue Torcuato tras de echar una mirada furibunda a su

mujer—, nuestras familias indignadas por esta unión matrimonial, nos han desheredado... y perdido dos fortunas: la mía y la tuya.

Inocente, el fiel amigo, interviene nuevamente con frases de consuelo:

—No os preocupéis... Yo embarco para Méjico dentro de ocho días, ¿por qué no me acompañáis?... Allí te harías rico muy pronto.

—¡Oh, no! Me horroriza el agua—protesta Catalina.

—No es acuática... es selvática—aclara Torcuato.

—¡Pobre amigo mío!... ¡Arruinado!... ¿Lo has perdido todo?—interroga Inocente, con la vaga esperanza de que aun le quede a Torcuato una tabla de salvación.

—¡Todo, no!—exclama enérgico Torcuato.

—¿Qué te queda?—insiste Inocente con una sonrisa que ilumina su rostro y acariciándose el bigote, satisfecho.

Torcuato no quiere que su fiel amigo sufra y se atormenta con la duda. Por eso, Torcuato dice enfáticamente:

—¡El honor!

—¡Ah!—concluye Inocente dejando de acariciarse el bigote y cambiando su sonrisa de esperanza por una mueca de desagrado.

Desde los más remotos tiempos

hasta nuestros días ha existido y continúa existiendo un tipo de hombres a los que inmortalizó su más genuino representante: Don Juan Tenorio.

Estos hombres desenfadados y audaces miden a todas las mujeres con un mismo nivel. Para ellos, todas son iguales, y todas son susceptibles de ser conquistadas. Su atrevimiento no conoce límites y su osadía raya los linderos de la mala educación.

Uno de estos donjuanes se hallaba sentado en un banco del jardín por donde iban paseando Torcuato y Catalina, amén de los cuatro gemelos y el fiel amigo inocente.

El don Juan contaba a dos amigos que le acompañaban una serie de historias más o menos fantásticas, con las cuales vivaba su fértil imaginación, a la par que deslumbraba a sus oyentes.

Si el don Juan no estuviese sentado en el banco del jardín por donde paseaban Torcuato y Catalina, el espantoso drama que había de llevarles a la tumba no se hubiera producido; pero como el don Juan estaba sentado en el banco del jardín por el cual paseaban Torcuato y Catalina, tenía, fatalmente, que producirse.

Al ver nuestro don Juan a Catalina, inmediatamente se le ocurrió ofrecer a sus dos admiradores una

ligera demostración de su ingenio, y con sorna, aludiendo a las cuatro criaturas, exclamó:

—¡Hermosa bisutería!... ¡Cuatro gemelos!—añadiendo luego galantemente—: ¡La dueña del establecimiento, gentilísima!...

Torcuato acababa de afirmar que había perdido todo menos el honor. Torcuato no descendía de Francisco I, el rey caballero de Francia, pero Torcuato sentía por su dignidad una estimación tan firme, por lo menos, como la que aquel rey tenía por la suya.

Por esta razón, nadie puede extrañarse de la actitud que adoptó Torcuato. Y la actitud que adoptó nuestro héroe fué la de un boxeador cuando ataca decidido a su adversario.

Ya en esta guisa avanzó hacia el don Juan, y poniendo toda su energía y cólera en el brazo, descargó un puñetazo tremendo sobre el rostro del don Juan, a la par que decía:

—Cuando se tienen puños, también se pueden tener gemelos.

El don Juan se tambaleó y al fin cayó en tierra cuan largo era. Después se incorporó, se limpió el traje mancillado por el polvo, se pasó la mano por su cabello, lo introdujo luego en el bolsillo, sacó una cartera, y extrayendo de ésta una cartulina más o menos buena, se la en-

regó a Torcuato, diciéndole, al propio tiempo que le atizaba dos soberbias bofetadas:

—Mi tarjeta.

—La mía — contestó Torcuato, entregándole otro pedazo de cartulina mejor o peor que la de su antagonista.

—¡Oh, un duelo!—decía Catalina, interiormente encantada de verse convertida en forma tan inesp-

rada en una heroína de novela igual a todas aquéllas que había admirado en las lecturas realizadas en sus años juveniles a escondidas del papá.

—Las camisetas se lavan con jabón; las ofensas al honor se lavan con sangre—sentenció Torcuato.

Y el espantoso drama que había de llevar a la tumba a Torcuato y a Catalina se acercó con ello a su desenlace.

UN DUELO EN 1906 (EL DRAMA CONCLUYE DRAMATICAMENTE)

Ni los llantos de Catalina ni las continuas apelaciones a los cuatro pobrecitos gemelos pudieron conmover el corazón de roca de Torcuato. El honor es una cosa seria y él había sido ofendido.

Si él no defendía su honor con las armas en la mano, diez generaciones de Capítetos saldrían de sus sepulcros a exigirle cuentas y a maldecir su nombre.

No; nada le haría desistir del duelo. Podía, ¡y hasta sufría por ello!, no dejar a sus cuatro hijos una fortuna o unos bienes con los que poder dar esplendor a su alta alcurnia, pero el apellido de Capíteto,

glorioso durante diez generaciones o quizá más, ese apellido él se lo dejaría a sus hijos brillante y lustroso como un zapato de charol recién comprado.

Y en una fría mañana Torcuato abandonó su casa, que ya no volvería a pisar. Llegados al lugar previamente escogido para la celebración del duelo, y tras los saludos y trámites de rigor, llega el momento en que armados con sendas pistolas, espalda contra espalda, Torcuato y su rival, dieron los pasos reglamentarios.

Pero ¿qué es aquello que se divisa a alguna distancia?... Mirando bien, se aprecia primero una nubecita

lla de polvo, y después un coche de caballos, y en él una dama cuyo rostro denota una angustia y un dolor infinitos.

La dama es Catalina... Catalina que, con el terror pintado en su semblante, apremia al cochero para que aumente la velocidad de los caballos, pues ella teme llegar tarde al campo de honor, en donde Torcuato expone su vida.

El coche llega, por fin, al sitio en que se celebra el duelo... Catalina baja rápida... Catalina corre hacia unas personas enchisteradas que divisa a pesar de su veloz carrera... Catalina va dejando en las ramas de los arbustos que encuentra a su paso grandes cantidades de la enlutada gasa de su vestido... Pero Catalina no llega a tiempo de evitar el duelo y el espantoso drama se produce.

Ya el juez de campo da las voces reglamentarias:

—¡Uno!... ¡Dos!... ¡Tres!...

Torcuato y don Juan, aun de espaldas, se vuelven automáticamente, levantan sus brazos armados con sendas pistolas, apuntan unos segundos y disparan simultáneamente. Todo ello fué realizado tan a tiempo y de un modo tan perfecto que, verdaderamente, daban ganas de aplaudir.

Pero estas ganas huían rápidas ante el espectáculo horrible que se presentó a los ojos de los que allí se encontraban. Porque resultó que ambos contendientes acertaron con sus disparos y los dos cayeron al suelo mortalmente heridos.

—¡Matóme! — exclamó Torcuato en el momento de caer a tierra.

—¡Morime! — dijo don Juan al hacer lo propio.

Y ambos murieron también a un mismo tiempo.

Y es en este preciso instante el instante en que Catalina, toda llanto y gemidos, llega al lado de Torcuato, cuyo cadáver reconocía un doctor.

Con la penetración que siempre tuvo, Catalina adivinó en seguida que Torcuato, su Torcuato, estaba ya muerto del todo y dando muestras de gran dolor (unas muestras muy bonitas y perfectamente acabadas, dignas de figurar en cualquier FERIA Oficial de Muestras), como una loca, se abrazó al ex Torcuato.

—¡Mi esposo amado, mi esposo idolatrado, mi esposo adorado!...

—Lo quiso el Hado... —sentenció Inocente, inundado el bigote de lágrimas—. Contener vuestra justa pena. A pesar de que aquí había dos médicos, ¡caso raro!, ellos no le han

matado. Huid vos, señora, de este cuadro de horror.

Pero Catalina no quería huir de aquel cuadro. Por el contrario, Catalina hubiera querido coger aquel cuadro y colgarlo para siempre en las paredes de su corazón, transido de justa pena, de una pena tan justa que al no poder estar dentro del corazón, por falta material de espacio, se desbordó y lo rompió en veinte o treinta pedazos.

Y pronunciando estas palabras históricas:

Cuadro de aspecto dantesco,
aterrador y horroroso,
Catalina de Montesco
se muere al morir su esposo.

El alma de Catalina abandonó su cuerpo y voló a reunirse con la de Torcuato: queremos decir que Catalina también murió.

Y he aquí cómo se produjo el espantoso drama que llevó a la tumba a Torcuato y Catalina («tanto monta») o a Catalina y Torcuato («monta tanto»).

CAPITETOS Y TONTESCOS O LOS ODIOS DE FAMILIA

ROMEQ y Julieta, los infortunados amantes de Verona, lograron con su muerte trágica que los odios de Capuletos y Montescos concluyesen y su muerte marcó el principio de la reconciliación de ambas familias. Pero la de Torcuato y Catalina produjo efectos bien diferentes.

Inocente, el fiel amigo, cuidó de dar cristiana sepultura a sus cuerpos e informó ampliamente a los Capitetos y Tontescos de los dramáticos sucesos ocurridos, aconseján-

doles que depusieran sus odios como homenaje a la memoria del desdichado matrimonio; pero nada consiguió.

Inocente estaba perplejo... Existían cuatro criaturas que habían quedado sumidas en la orfandad más completa y en la miseria más absoluta. Para tratar de ellas había reunido Inocente a las dos familias en el salón de Villa Catalina y, tras de un discurso elocuentísimo, les dijo:

—Y para daros a conocer la trágica muerte de vuestro hijo Tor-

cuato Capiteto y de vuestra hija Catalina Tontesco os mandé a llamar.

—Era de esperar esta tragedia —comentó la abuela de Catalina, quien con el padre de Torcuato eran las dos personas más caracterizadas de Tontescos y Capitetos—. Mi hija Catalina se desposó con el hijo de mi anatema.

—Nosotros no admitimos diálogos con la Tontesco esa... —terció el padre de Torcuato.

Inocente, conciliador, intervino:

—Conozco el odio de ambas familias y ya veo que para entenderse sin dirigirse la palabra ¡han traído un emisario!

Y, en efecto, así era. Tanto el padre de Torcuato como la madre de Catalina habían llevado al consejo de familia a uno de sus criados, con el objeto de que ellos transmitiesen a la otra familia las palabras que su odio les impedía decirse directamente.

—Nuestros emisarios serán las gramolas a las que nosotros les pondremos el disco —aclaró el padre de Torcuato.

Y el emisario del señor Capiteto y el emisario de la señora Tontesco avanzaron al lado de sus señores.

—Yo soy la voz de mi señora —dijo el emisario de la señora Tontesco.

—¿Qué macanas!... — exclamó

Inocente. Y dirigiéndose al emisario de Capiteto, añadió—: Entonces usted es la voz de su amo... Pues bien... Pongan ustedes aguja nueva que se les va a rayar este disco; el matrimonio estaba arruinado; no han dejado a su muerte más que deudas, y como ustedes son los deudos, pueden hacerse cargo de las deudas, que son cuatrocientas mil pesetas, y de los chicos, que son cuatro hermosos gemelos.

—Dile a los Tontesco que los Capiteto no cargan con unos hijos que llevan sangre Tontesco en sus venas —ordenó al emisario.

Y el emisario de los Capiteto, que como el de Tontesco, eran más que discos de repetición verdaderos aparatos amplificadores, dijo a los enemigos de su señor:

—Dice que ellos no se hacen cargo de unos hijos que llevan la sangre sucia y repugnante de los Tontesco.

Y la madre Tontesco, llamando a su emisario, contestó:

—Respóndele que la sangre plebeya es la suya. Que con la mía, limpia, se han hecho veinte transfusiones.

Y el emisario de los Tontesco trajo:

—Dice mi señora, que el cielo te vuelva buena la mala sangre que tienes.

—Dile a los Tontesco—replica el señor Capitulo a su emisario—, que son unos roñosos, que si los difuntos hubiesen dejado bienes de fortuna se hubieran hecho cargo de sus hijos.

—Dice que sois unos roñosos, unos avaros y unos usureros.

—Dile que al insulto soez contestan los Tontesco con una cartajada olímpica—ordena a su emisario la señora Tontesco.

—Dice mi señora que ¡ja, ja, ja! —traduce el «amplificador».

Y así hubieran seguido con sus dimes y diretes si Inocente no interviniese, deseando arreglar satisfactoriamente el porvenir de los cuatro gemelos.

—¿Quieren ponerse de acuerdo respecto a lo que se va a hacer con los niños?

—Nosotros nos hacemos cargo de dos gemelos—repuso la señora Tontesco.

—Nosotros de otros dos—agregó el señor Capitulo.

—¿Queréis los lotes variados o del mismo sexo?—inquirió Inocente.

—Nos llevamos a los chicos—respondió la madre.

—¡Jamás! Los varones para nosotros—protestó el padre.

Y aquí se hubiera producido un conflicto de difícil arreglo si no fuera porque Inocente, el fiel amigo,

cual nuevo Salomón, tenía soluciones para todo. Y así propuso:

—Vamos a ver si nos entendemos. La familia de los Capítulos se puede llevar un chico y una chica, y la familia de los Tontesco otro chico y otra chica.

—Está bien, pero los nuestros jamás sabrán que tienen unos hermanos gemelos en España —aclaró el padre Capitulo.

—Idos a América con mal viento... jamás sabrán estas infelices criaturas que son hermanos de los que os lleváis—contestó tan indignada la madre Tontesco que se olvidó hasta del emisario.

—El odio de nuestras familias sobrepasará a la tumba.

—Menosprecio a los Capitulo,

—¡Farsantes!

—A la lucha a muerte os reto.

—Reniego del parentesco.

—Que expiréis, Capitulo.

—Que os embalsamen, Tontesco.

Y tras esta lluvia de palabras cruzadas, ambas familias cogieron a su par de gemelos y abandonaron el salón.

Inocente, satisfecho por haber logrado asegurar el porvenir de los cuatro hermanos, se frotó las manos, se acarició el bigote y salió corriendo en dirección al muelle, temeroso de perder el barco que había de llevarle a Méjico.

UN PAR DE GEMELOS: TORCUATO Y CATALINA

HAN pasado cerca de treinta años... Unos gemelos, los que se fueron a América con sus abuelos Capiteto, por allí seguían, desconociendo en absoluto la existencia en España de sus dos hermanos, así como éstos ignoraban también la suya. Los que quedaron en España al lado de los Tontesco se llamaban de la misma forma que sus padres: Torcuato y Catalina.

Desde que los Tontesco se hicieron cargo de ellos procuraron inculcarles la educación rígida, severa, que correspondía, según ellos, al nombre esclarecido que llevaban.

Tanto el niño como la niña tuvieron como profesores a los mejores que en la ciudad había y mientras Catalina aprendía piano y francés, Torcuato terminaba el bachillerato y comenzaba la carrera de medicina.

La muerte de sus abuelos sorprendió a Torcuato con su título de doctor en el bolsillo y a Catalina próxima a contraer matrimonio con un abogado, a quien había conocido en una conferencia sobre leyes a las

que Catalina era muy aficionada y a las que asistía frecuentemente.

Pasado un lapso prudencial de tiempo, Catalina contrajo matrimonio con don Samuel Muñoz y se separó de su hermano para emprender su viaje de novios.

Catalina tenía una costumbre que con el tiempo fué desarrollándose hasta adquirir la categoría de un defecto, y era su propensión a hablar empleando para ello la menor cantidad de palabras posibles, «rara avis», pues sabida es la inclinación del bello sexo a efectuar todo lo contrario, esto es, a charlar venga o no a cuento.

Catalina era, pues, una excepción. Catalina tenía como obsesión firme en su vida la idea de coger por su cuenta esos tomos gordos y con muchas páginas del Diccionario de la Lengua Española y dejarlos convertidos en uno solo de la delgadez del silabario en el cual los niños aprenden las primeras letras. Y mientras que este ansiado objetivo no llegaba por falta de medios para ello, Catalina se dedicaba a la labor de proselitismo dentro de sus amis-

tades, labor que había culminado en la creación del «Club de las pocas palabras», del cual era digna presidenta.

Pero siempre hay almas refractarias e incrédulas a toda innovación progresiva y una de ellas, la que con mayor tesón se oponía a la función de apostolado que Catalina ejercía sobre la síntesis del idioma, vivía en su propio hogar y comía en su propia mesa.

Este tercerero en discordia era doña Exaltación, madre de Samuel y suegra de Catalina. A doña Exaltación no le cabía en la cabeza la misión que Catalina se había impuesto voluntariamente, y la paz del hogar se veía turbada frecuentemente a causa de esta incompreensión por parte de doña Exaltación y de la forma resumida, telegráfica, con que Catalina expresaba sus ideas y sentimientos.

Torcuato, una vez que Catalina contrajo matrimonio, y se separó de él, se dedicó con más afán que nunca al estudio de la medicina, pero un día que no tenía ganas de estudiar y sí de dar un paseo, a lo cual convidaba el magnífico sol que en la calle reinaba como dueño y señor, conoció a una linda mujercita llamada Paz, la cual acabó pronto con la paz que Torcuato tenía, pues era celosa en extremo.

A pesar de ello, o quizá por esto mismo, Paz y Torcuato se casaron y se fueron a vivir a la misma casa y al mismo piso en que vivía Catalina con su esposo, éstos en la letra B y Torcuato y Paz en la letra A.

Con Torcuato y Paz se fué también a vivir la madre de ésta última, doña Leona, mujer que parecía una sordera muy acentuada y a la que no nos atrevemos a dar el nombre de suegra de Torcuato porque el cariño que ella sentía por su yerno era más bien el amor de una madre por su hijo. Sí, señores, aunque les parezca mentira, doña Leona defendía a Torcuato siempre contra todos y en este todos quedaba incluida Paz, su propia hija.

Para doña Leona, Torcuato no era solamente el mejor médico del mundo, sino el hombre más guapo y más inteligente que había nacido en el mundo desde que Adán y Eva fueron arrojados del Paraíso como castigo a su desobediencia.

En la casa en que, como hemos dicho, vivían ambos hermanos había un portero negro, llamado Domingo, hombre naturalmente bondadoso y complaciente, que sentía como propios los disgustos que había entre sus inquilinos.

Ahora mismo, Domingo se hallaba limpiando las placas que, sujetas a las puertas de Torcuato y Ca-

talina, rezaban: «Torcuato Capitulo Tontesco, médico», y «Catalina Capitulo Tontesco, presidenta del «Club de las pocas palabras»; y como del interior de ambas casas surgían unas voces cuyo tono airado demostraba bien a las claras que los ocupantes de ambos pisos se hallaban entregados a los placeres de la discusión, Domingo, moviendo filosóficamente la cabeza, bajó las escaleras y se encaminó a su portería.

¿Por qué reñirán así las personas, Señor?, se preguntaba Domingo. ¿Con lo agradable que resulta la conversación! El, como no le negaran que el pianista que habitaba en el último piso era el hombre más genial que en el mundo ha sido desde que se conocen los pianos, no se enfadaba con nadie. Claro que si discutían el arte del pianista se peleaba hasta con su sombra... ¡Pero eso estaba justificado!, se decía mentalmente el portero.

Lo que ya no se justificaba lo mismo era la riña que, por motivos de escasa importancia, había en casa de Catalina.

Así pensaba Domingo y así pensaba Catalina, que en este mismo instante decía a su madre, a quien no podía contener en su ira ni el propio Samuel:

—Carácter violento. Palabras im-

premeditadas. Nosotros resignados. Amor filial—explicaba Catalina.

—¿Pero estás oyendo?—replicaba, iracundo, doña Exaltación y dirigiéndose a Samuel—. Parece mentira que un hijo mío se haya podido casar con esta mujer telegrama.

—Es su modo de ser—disculpaba Samuel—. Por algo es la presidenta del «Club de las pocas palabras».

—Una mosquita muerta es lo que es... ¡Quién sabe lo que hablará fuera de casa!...—contestaba doña Exaltación, en un estado que justificaba lo adecuado del nombre que le pusieron en la pila al bautizarla. Y es que a ella no le cabía en la cabeza que Catalina pudiese hablar siempre de aquel modo conciso y taquigráfico, cual si tuviese un contador que le midiese las palabras y pagase éstas a precio de oro.

—Respeto debemos madre: silencio impone—seguía «telegrafizando» Catalina.

—¡Basta!... ¡No puedo más!... ¡No hay nervios que resistan a esta mujer.

—Pero si todo lo que Catalina habla de menos, lo hablas tú de más, mamá.

—Sí, hijo mío; sí... lo que tú quieras. Di que soy una cotorra, una habladora, una taravilla; pero ya he tomado una decisión irrevocable.

—Determinación absurda. Roga-

mos desista—decía Catalina, dándole al «Morse».

—Lo que debías hacer, mamá, es aprender de Catalina y hacerte tú también del «Club de las pocas palabras».

—Ya lo veo... ya lo veo... Queréis tasarme las palabras, lo mismo que me tasáis los bizcochos en el desayuno—prorrumpía indignada la mamá, que disfrutaba de un apetito capaz de agotar toda la producción bizcochera del mundo.

Y con un suspiro, delicado homenaje a los bizcochos, cuyo recuerdo había acudido a su mente, prosiguió:

—Pues para que te enteres... yo apenas hablo.

—Calme enojos. Contenga nervios.

—¡Cállate!... Ya estoy a dos pasos de la locura... Y como comprendo que soy un estorbo, un lastre y una carga, digna, erguida y sin pronunciar una sola palabra, saigo de esta casa ahora mismo...

Y cogiendo su sombrero, su maleta y su bolso, se fué a la puerta, firmemente convencida... de que sus hijos la seguirían y le impedirían marchar, absolutamente igual que lo habían hecho ya otras ciento y pico de veces, contando de prisa.

Catalina quedó profundamente contristada por aquella actitud de su madre política. Ella adoraba a su

esposo y bien comprendía que Samuel tenía que sufrir con estas decisiones tan súbitamente adoptadas. Además, ¿qué diría Torcuato, su hermano, a quien ella tanto quería, en cuanto se enterase de lo ocurrido? Pero Torcuato nada podía decirle, porque se encontraba en un caso bastante parecido al de su hermana Catalina, defendiendo a su propia esposa ante su madre. Es decir, que en casa de Torcuato había una «tormenta» poco más o menos con la misma cantidad de nubes que en la casa de Catalina.

—Pero, mamá, Leona... Paz la quiere mucho... Todos la queremos.

—Mamaita, ¿vas a dar otro disgusto con tus tonterías a Torcuato, que te adora?

—¿Que son las cuatro? —decía, asombrada doña Leona, cuya sordera le impedía oír claramente—. No pregunto la hora.

—Pero si en esta casa todos somos a mimarte—insistía Torcuato.

—Yo soy la suegra, el reptil del Paraíso Terrenal. Y lo gracioso es que no soy la suegra de Torcuato, que sería lo natural, sino que soy la suegra de mi propia hija.

Y Paz le decía a Torcuato:

—No hay nada que hacer... Ha cogido esta manía y nos va a amargar la existencia.

—Aquí todo se habla en voz baja,

en cuchicheo, para que yo no me enteré—rugió doña Leona, para cuya sordera la explosión de una bomba era el inocente ruido de un cohete luminoso.

—Pero ¿no lo comprendes, Paz?—decía Torcuato alzando la voz—. Mamá Leona es una santa y hay que saber llevarla con cariño.

—Pues no tienes razón—decía Paz, alzando también la voz tanto o más que su marido—. Yo la quiero mucho, y sabes que he sido siempre una hija modelo.

—Bueno, ¿lo estáis viendo?... ¿Seréis capaces ahora de negarlo?—chillaba la suegra, sin enterarse de nada—. Otra vez de cuchicheo y hablando mal de mí. Ahora, que no importa. Humillada, pero con la cabeza erguida, salgo ahora mismo de esta casa y para siempre.

Y uniendo la acción a la palabra, y cogiendo también su bolso, su maleta y su sombrero, salió por centésima vez de la casa, absolutamente igual que había salido su vecina doña Exaltación.

Ambas suegras coincidieron en el portal de la casa y allí dieron rienda suelta a sus lamentaciones.

—¿También se va usted de casa, doña Leona?

—No; yo me voy, doña Exaltación—respondió la sorda—. Me voy para siempre de esta casa.

—¡Ay, infeliz de la mujer que nace suegra!—resumió doña Exaltación.

«Más infeliz es el hombre que nace yerno», pensó Domingo que, aunque sufría con las disputas de los inquilinos, estaba ya acostumbrado a los viajes de ida y vuelta de ambas suegras.

Pero los dos matrimonios no eran tan filósofos como Domingo, y temiendo que esta vez se cumpliesen las amenazas de sus respectivas mamás, irrumpieron en el portal tras ellas y las suplicaron:

—Mamita querida, vuelva usted a casa—Imploró Samuel.

—Lágrimas ojos, pido retorno—transmitió Catalina.

—No nos abandones, mamá Leona—sollozó Torcuato.

—No nos des ese disgusto. Vuelve con nosotros—lagrimó Paz.

Y las dos suegras, humildemente, sencillamente, con el mismo gesto de triunfo que debió adoptar Napoleón tras la batalla de Austerlitz, respondieron:

—Me sacrificaré una vez más (doña Leona).

—Me necesitáis; en todo matrimonio hace falta una víctima. Un hogar sin suegra es un hogar sin atractivos (doña Exaltación).

Y Samuel, dirigiéndose a Domingo, concluyó:

—Domingo, haga el favor de subir las maletas.

Y todos emprendieron, escaleras arriba, el regreso a sus casas, dejando a Domingo recogiendo las maletas.

Y Domingo, que por lo demás ya tenía previsto el final, no pudo por menos que recordar a Don Juan Tenorio, el hombre para quien las suegras nunca fueron inconveniente alguno, e imitándole, bien que con algún que otro error, subió lentamente las escaleras, murmurando:

Yo a los palacios subí.
Yo a las cabañas bají.
Y en todas partes dejí,
memoria amarga de mí.

A) llegar Domingo cargado con

las maletas al rellano en que vivían los dos matrimonios, oyó con sufrimiento, pero sin sorpresa (la costumbre es una segunda naturaleza), las voces que salían del interior y que demostraban claramente que habían estallado ya sendas broncas en cada casa.

Domingo, hombre comprensivo, escuchó unos instantes, hizo un gesto de inteligencia y, alzando rápidamente las maletas, las arrojó al portal.

Y así, de este modo amable, cariñoso y encantador pasaban los días en casa de Torcuato y Catalina, dos de los cuatro hijos de don Torcuato y doña Catalina, aquellos padres infortunados a quienes un espantoso drama llevó a la tumba en la flor de su edad.

OTRO PAR DE GEMELOS: DORITA Y JUANITO

En un lujoso transatlántico que, dejando atrás América, venía con rumbo a España, regresaban a su patria los otros dos hijos de don Torcuato y doña Catalina; se llamaban Dorita y Juanito, y se parecían a Catalina y Torcuato abso-

lutamente igual que un usurero se parece a otro usurero y que una gota de vino tinto se parece a otra gota de vino tinto.

Dorita y Juanito no tenían la seriedad de carácter o la profesional que sus respectivos gemelos Catalina y Torcuato; por el contrario, su

genio era, ya de niños, más vivo y alegre.

Antes de completar su educación, murieron los Capiteto que se habían encargado de ellos, y forzados a valerse por sí solos, echaron mano a lo que más pronto pudieron con el fin de hacer frente a la vida: Dorita a sus lecciones de canto y Juanito a la experiencia que, como bailarín, adquirió en sus frecuentes visitas a los cabarets y music-halls de la americana ciudad en que vivían.

La belleza de Dorita, su fresca voz y su innata simpatía lograron bien pronto alcanzar la fama, y hoy en día era una animadora de «hota» muy apreciada y cuyo nombre se cotizaba muy alto en los escenarios de variedades.

Ahora venía a España; acompañada de su hermano, en parte para satisfacer su sentido anhelo de conocer a la madre patria, y en parte por cumplir los compromisos de un contrato que había firmado para tierras españolas.

Juanito también se había acreditado al calor del arte de su hermana, como consumado bailarín y cómico cantante; pero, en honor a la verdad, tenemos que decir que su fama era mayor como individuo des preocupado y «sablístas»; le gustaba divertirse y no se privaba de ello.

Dorita y Juanito ignoraban, como

ya hemos dicho, la existencia de sus hermanos Catalina y Torcuato, así como éstos desconocían la de aquéllos; los Capiteto y Tantesco murieron siendo fieles a su palabra.

En el transatlántico se celebraba una fiesta animadísima, a la cual Dorita, insistentemente rogada, no quiso negar su cooperación, y ahora canta una graciosa y melódica canción, escuchada con agrado por todo el elegante pasaje del barco.

La alegría y el bullicio eran las notas predominantes en el salón del vapor, ante el bar del cual Juanito, tras unos cómicos pasos de baile, convidaba a dos guapísimas muchachas, sin recordar que luego había que pagar el gasto de las consumiciones efectuadas.

Los camareros iban y venían atareadísimos, atendiendo solícitos a las llamadas apremiantes que les hacían los caballeros, correctamente vestidos, o las señoras, encantadoramente vestidas con trajes de «soirées» que aumentaban sus naturales encantos.

También se destacaba entre la concurrencia la albura de los uniformes de la oficialidad del barco, así como la exótica indumentaria de la orquesta de «jazz».

Todos los espectadores, repetimos, escuchaban con verdadero agrado la canción de Dorita; pero

entre todos había uno cuya atención, mejor dicho, cuya admiración por la cantante no era motivada sólo por su voz, sino más bien por la belleza de su rostro y la perfección de líneas de su cuerpo. Este espectador, hombre cuya edad frisaba alrededor de los cuarenta y cinco años, era un millonario gordo, ingenuo y optimista al cual todo le hacía gracia, de todo se reía, especialmente de lo que él llamaba sus «vagudezas» y que no eran más que simples majaderías: se llamaba don Epaminondas Requejo. De muy joven había emigrado a Cuba, en donde tras una vida austera de trabajo y sacrificios había logrado atesorar una fortuna considerable.

La vida de los negocios no había podido hacer desaparecer la candidez congénita de su espíritu... Era, según la frase hecha tópica, «un niño grande».

Cansado ya un tanto de su vida de trabajo constante volvía a España a descansar algún tiempo y de paso a abrazar a su hermana Florita, solterona ya, ¡ay!, ajamónada, a la cual no había solicitado nadie todavía a pesar de sus pocas exigencias y de sus millones... Y con esto queremos decir que tenía muy poco de bella y mucho de tonta.

Al terminar Dorita su canción, la concurrencia aplaudió fervorosa-

mente, pero las palmadas de don Epaminondas eran dadas con tal fuerza y entusiasmo que cualquier jefe de «claque», de haberle podido oír, le hubiese ofrecido un contrato por tiempo indefinido... Pero allí no había ningún jefe de «claque» (o no ser Juanito que, si se lo pagaban bien, hacía lo que fuera monester), y don Epaminondas Requejo perdió, sin saberlo nunca, esta maravillosa oportunidad.

Con los ojos se comía nuestro millonario a Dorita, y aprovechando que ésta, acabada la canción, pasaba cerca de su mesa, la interpelló con esa familiaridad con que en los viajes se traba conocimiento sin presentaciones previas:

—Canta usted maravillosamente, señorita... ¿Querría usted honrarme cenando esta noche en mi mesa?

—Encantada, pero hay un pequeño inconveniente.

—¿Cuál? —interrogó Epaminondas.

—Que deberá acompañarme mi hermanito.

—¡Oh, no me importa!... Me gustan mucho los niños... me gustan...

Y don Epaminondas sonrió satisfecho, creyéndose un conquistador... El pensaba que un niño de ocho, diez o doce años no era ningún es-

torbo para sus anhelos amorosos, que estaba rabiando por confesar.

Dorita hizo señas a Juanito para que se acercara a la mesa de don Epaminondas, y Juanito, al mismo tiempo que las señas, vió el cielo abierto, pues había llegado el momento de pagar el gasto hecho en el bar. Así que, presuroso, corrió a reunirse con su hermana, previniendo al «barman», que reclamaba el pago:

—Espere un momento, que me llaman al aparato; ahora vuelvo.

Juanito llegó al lado de su hermana en el instante preciso en que don Epaminondas le preguntaba:

—¿Viaja usted sola con su hermanito?

—Sí—contestó Dorita.

Y viendo a Juanito a su lado se encaró con él y efectuó la presentación:

—Mira, tengo el gusto de presentarte a don Epaminondas Requijo... Mi hermanito.

Don Epaminondas pegó un salto en su asiento al ver que el «hermanito» era una persona que, desde luego, no iría ya al Ejército a no ser que se decretase la movilización general.

—¡Caray!—exclamó don Epaminondas.

—Juanito Capitato y Tontesco, a su disposición.

—Encantado—repuso don Epaminondas, ya repuesto de la sorpresa.

—Ha tenido la gentileza de invitarnos a cenar—le explicó Dorita a su hermano.

—¡Hombre; muy bien!...

Y llamando a un camarero que por allí pasaba, añadió:

—La cuenta del mostrador que la pasen a esta mesa. Dígame al «barman» que si las chicas que me acompañaban quieren tomar algo más, que no se priven y que el importe de todo lo pagará este señor tan simpático que nos ha invitado.

—¡Juanito!—reconvino Dorita, a quien las frescuras de su hermanito la tenían constantemente en vilo.

Pero don Epaminondas no era de la misma opinión:

—Admirable. Me revientan las hipocresías... Usted dice las cosas como las piensa. Seremos dos buenos amigos. Estoy deseando darle una prueba de mi amistad.

—Cuando usted quiera.

—Las amistades, si no se ponen a prueba, son una falacia más de la sociedad.

—Me parece muy pronto para la prueba, la verdad—indagó Juanito.

—¡Ah!, pues yo estoy deseando dársela cuanto antes.

—¡A que no!—desafió Juanito.

—¡A que sí!—afirmó el ingenio millonario.

—¿Sí?

—Sí...

—Pues présteme mil dólares.

—¡Juanito, por Dios!... Que es demasiado pronto—terció Dorita.

Y pretextando saludar a un caballero que cruzaba cerca de ellos, se marchó, tras de disculparse, avergonzada en el fondo de la «sans façon» de su hermano.

Pero a don Epaminondas le parecían mil dólares una cantidad insignificante, si con ellos se acercaba al logro de su deseo: el amor de Dorita.

Por ello, ni corto ni perezoso, sacó su cartera y le entregó a Juanito la cantidad pedida, diciéndole:

—¡Ahí van!... Me ha sido usted muy simpático, y por su hermana siento tal admiración que...

—Oiga usted, señor... No olvide que los Capiteto, no teniendo dinero, tienen algo más importante... ¡el honor! —interrumpió Juanito, dándose importancia y calculando ya mentalmente cuántos dólares podría sacar a aquel gordo y cándido enamorado que la suerte ponía en su camino.

—Y yo tengo en Cuba las mayores plantaciones de tabaco y, por lo tanto, mis sentimientos son siem-

pre puros—y don Epaminondas se rió de su propia majadería que él llamaba «agudeza».

Y añadió:

—Además, soy millonario.

Juanito no era un hombre testarudo... A Juanito se le convenía con argumentos sólidos y bien demostrados. Por eso, al oír la palabra millonario, contestó seguidamente:

—En ese caso, puede usted pedirme a mí su mano, porque soy su única familia.

—¿Cree usted que su hermana, tan bellísima, podrá encontrar en mí algún atractivo?...

—Usted tiene más atractivos que una pista de circo—afirmó Juanito.

Y como estas palabras afirmativas le llenaban de felicidad, don Epaminondas, no sabiendo cómo agradecerlo, le regaló su propio lápiz de oro.

—¡Qué simpático!... Tenga usted, le regalo este lápiz de oro.

—¡Es usted una mina!—contestó Juanito, guardándose el lápiz y viniendo ya a casas de empeño por todas partes.

Y así pasó don Epaminondas a ser el prometido oficial de Dorita, hermana de Juanito, e hijos de aquellos dos infortunados cuyo espantoso drama, etc., etc.

EL REGRESO DE INOCENTE

P AZ era una mujer celosa... Paz hubiera deseado que su marido hiciese las consultas por correspondencia, igual que algunas academias enseñan las diversas carreras que en España pueden estudiarse... El que su marido auscultase o reconociese a las clientes que acudían buscando remedio a sus males en la ciencia de Torcuato, era cosa que la sacaba de quicio... Pero tenía que ceder, so pena de que su marido abandonase su profesión. Pero Torcuato no tenía ya edad ni para empezar otra carrera, ni para trotes de esta índole.

Torcuato era un hombre metódico, ordenado... Su desayuno, y una rápida ojeada a la prensa diaria, sus visitas, su consulta... y a comer. Un ratito de sobremesa oyendo la radio y saboreando una tacita de café, y luego otra vez a sus consultas y a sus visitas hasta que llegaba la hora de cenar. Y tras la cena, una salida al teatro o cine una o dos veces por semana, y el resto a la cama a descansar de las fatigas cotidianas.

Pero por encima de su orden y

de su método, estaba el ejercicio de su carrera, que para él era un verdadero sacerdocio...

Había que curar o, por lo menos, aliviar a la humanidad doliente y esta noble misión no admitía dilación ni retraso alguno.

Por esta razón, al irrumpir en el comedor, en el cual saborea la taza de café acostumbrada en compañía de Paz y de su mamá política, una doncella y anunciarle que le esperaba una señora en la consulta, Torcuato, ni corto ni perezoso, abandonó las delicias del moka y, tras darle un beso cariñoso a su mujer, salió en busca de la cliente, decidido a recetar cuanto fuera preciso para aliviarla del mal que la acongojase.

Mas Paz no entendía el carácter sagrado que la Medicina tenía para su esposo, y en cuanto éste salió del comedor, interpelló a la doncella:

—Dime, esa señora que ha venido a la consulta, ¿es guapa?

Y al oír la respuesta afirmativa de la doncella, se disparó:

—¡Esto es inaguantable!... No

estoy dispuesta a tolerar que mi marido visite mujeres guapas.

—¿Eh?...—dice doña Leona, poniendo la mano en su oreja a guisa de pabellón.

—Que todas las mujeres que vienen a la consulta son guapas—gritó Paz.

—Mujer, también vienen algunas feas...—explicó doña Leona que no sabía de qué iba.

—Pero a las feas las despacha en seguida. Vente conmigo.

—¿Qué dices?—exclamó la madre.

—Que vamos a espiarle.

Doña Leona continuó sin enterarse de nada, pero como vio que Paz salía haciéndole señas de que la siguiese, la imitó y se fué con su hija hasta el recibidor, en el cual Paz había hecho un agujero que le permitía observar sin ser vista todo lo que ocurría en la sala de consultas.

—Sí, doctor, sí... Usted tiene la culpa de que yo sufra del corazón...

Estas fueron las primeras palabras que Paz oyó tan pronto como aplicó su cara contra el agujero, y, sin esperar a más, se dirigió a la consulta hecha un basilisco.

Claro que la cliente se refería a que Torcuato no le recetaba nada eficaz para combatir los males que padecía, pero Paz no estaba para distinguos.

Y cuando Torcuato decía a su cliente:

—Vamos a ver esas cosas que tiene usted por dentro.

Y la cliente, prestándose a un mejor reconocimiento, comenzaba a desabrocharse el escote de su vestido. Paz entró como una tromba en la consulta, siempre acompañada de su madre, e interpelló a la paciente con estas académicas palabras:

—Señora, haga usted el favor de taparse. A mi marido no tiene usted que enseñarle nada.

—¿Eh?... Me está examinando—dijo la señora, no dando crédito a lo que oía y que para ella era inexplicable.

—Pues que la examinen a usted en la Universidad.

—¿A qué viene esto?... Mi gabinete de trabajo es un santuario de la ciencia—dijo Torcuato, repitiendo más o menos exactamente una frase que oyó decir miles de veces a sus catedráticos.

—Tú eres un cinico, un fresco y un aprovechado...—exclamó, colérica Paz, dispuesta a emprender una ofensiva en toda regla—. Se terminaron las visitas a las mujeres guapas.

Y cogiendo el bolso, el abrigo y unos paquetes que llevaba la cliente, los arrojó fuera de la consulta.

Doña Leona, de quien no se po-

UN ENREDO DE FAMILIA



La mamá Tontesco,
acompañada de sus cuatro
hijas y varias amigas...

—¡Oh, Catalina! Naci-
mos el uno para el otro.



Los Capireto en el Consejo de familia.



El fotógrafo les colocó en esa «pose», antigua como el mundo...

UN ENREDO DE FAMILIA



... cogiendo la botella de
champán...



Catalina era una excep-
ción.



— Catalina, ¿qué te pasa? —



Dancita era una animadora de «hito» muy apreciada.



... en el Hotel Miraval
bailaban un «swing» de
moda.

— Esa carta que han traí-
do para usted, Mon Samuel.



Carolina era digna presidenta del Club de las Pocas Palabras.



—¡Sinvergüenza!... ¡Mal hombre!... ¡Hípcrita!

UN ENREDO DE FAMILIA



...descargó sobre la cabeza de Samuel un fuerte golpe con la botella...

...Y le puso una soberbia zancadilla...



—Veamos, veamos: ¿qué tiene usted?



—¿Cómo?—exclamó Catalina llena de ira y de vergüenza.

día decir que «oía campanas sin saber dónde», porque la pobre no oía ni las campanas, quiso explicar a la cliente su «caso» de víctima incomprendida, y le razonó:

—Perdóneles usted el que hablen tan bajo... Lo hacen para que yo no me entere.

Y la cliente se fué completamente convencida de que se había equivocado de piso y había entrado en una casa de orates.

Esta escena, anteriormente descrita, fué la causa de que la placa que anunciaba la profesión de Torcuato fuese substituída por otra que ahora limpiaba Domingo con su acostumbrada pulcritud, y la cual decía así:

«Doctor Torcuato Capitulo Tontesco. Nada más que niños.»

Una voz, cuyo acento tenía inflexiones inconfundibles que demostraban que quien hablaba venía, por lo menos, de «allá del rancho grande», sacó a Domingo de su ensimismamiento...

La voz decía, enérgica:

—¡Portero!... ¡Portero!...

—No hace falta gritar, que los timpanos se resienten, y los vecinos se asustan. ¿Qué pasa?

—¿Es usted el portero?

—Soy el extremo izquierda, ¿qué acontece?—replicó Domingo.

—¿Cuánto renta el piso?

—Trescientas pesetas, y el timbre aparte.

—¿Cuántas?

—Trescientas pesetas; ¿no se lo he dicho ya?

—Habitaciones, quiero decir. Y no me excite los nervios que en Méjico he matado ya a tres porteros... Oigo: ¿y la vecindad, es tranquilla?

—Esta casa es una balsa de aceite—respondió Domingo, que con el disgusto que tenía se había olvidado ya de las bromas de las familias Capitulo.

—Bueno, me conviene el piso—dijo el recién llegado, en quien la profunda clarividencia de nuestros lectores, ayudada por el título de este capítulo, habrá reconocido al fiel amigo Inocente.

—Tomo doscientas pesetas de señal y dentro de unos días vendré a firmar el contrato y traeré los muebles.

—¿Piensa el señor estar mucho tiempo?

—¿Quién sabe? No hace mucho he llegado de América para ver si puedo reunir unos hermanos que andan por el mundo sin conocerse.

—Muy bien. Ya me contará usted, porque a mí los folletines me entusiasman.

—Pues a mí no—cortó Inocente—. Y procure evitar los gritos y

los ruidos, que descomponen mis nervios. En Méjico le pegué cinco tiros a un portero porque me dijo que era una casa tranquila y no se podía vivir en ella. Aquí no habrá ningún animal, ¿verdad?

—Los domingos nada más, que es cuando traen «La Codorniz»—respondió Domingo, algo aburrido ya de tanto tiro y de tanto «rancho grande».

Y el bueno de Domingo, festivo como su nombre, se echó a reír de su propia gracia, mientras Inocente se iba de mal talante. Pero pronto

su risa se trocó en una mueca de espanto, pues el pianista del último piso, verdadera fábrica de música, empezó en este preciso momento a interpretar uno de sus «swings» que él mismo componía y con el que armó uno de sus acostumbrados escándalos, ya que lo mismo llevaba el ritmo con las teclas que con la silla o con la tapa del piano, y formaba con todo ello tan infernal baráunda, que Domingo pensaba con verdadero terror en la actitud que adoptaría el nuevo inquilino cuando tan estrepitosa música oyese.

UN «GEMELO» APROVECHADO Y UNA CAMISA... DE FUERZA

MIENTRAS Inocente buscaba en la ciudad que había abandonado hacia casi treinta años, a los hijos de su fiel amigo Torcuato, Juanito, en el bar del transatlántico que le conducía a la misma ciudad, contaba a don Epaminondas un embuste que había imaginado y mediante el cual pensaba realizar una sencilla operación consistente en aligerar la cartera de su futuro cuñado y engrasar la suya en el mismo volumen en que disminuía la del millonario.

Esto es, una aplicación monetaria de la teoría de los vasos comunicantes.

La base de este embuste era fingir la existencia de un amante desdichado por Dorita, el cual estaba más loco que un cencerro, al que había que eliminar, con el fin de que don Epaminondas viese libre de toda clase de obstáculos el camino que había de llevarle a la suprema felicidad: al matrimonio con Dorita.

Y Juanito, desplegando toda su estrategia, explicaba:

—Es un tipo medio loco que se

enamoró de Dorita y quiere impedir a toda costa que se case. En América lo arreglé con mil dólares y un pasaporte para España.

—¿Y tú crees, Juanito de mi alma, que ahora...?—preguntaba angustiado el infeliz de don Epaminondas, temiendo que, como a la lechera del cuento, se le rompiese el cántaro de sus ilusiones.

—No te preocupes. Este asunto lo arreglo yo con cinco o seis mil pesetas. En cuanto que llegue a España, lo busco, lo embarco para la Indochina y nos quedamos tan tranquilos.

—Tan pronto como lleguemos te doy el dinero... Pero ¿no crees que tratándose de un loco sería mejor encerrarle?...—balbuceaba don Epaminondas, a quien su imaginación, avivada por el alcohol que Juanito le hacía ingerir, creía ver ya al loco amenazándole de muerte con un puñal.

—No, porque para encerrarle tendría que existir—contestó Juanito, completamente distraído.

—¿Cómo?—se sobresaltó don Epaminondas.

—Digo que tendría que existir un motivo, y claro, no existe... ¿comprendes?... no existe—dijo Juanito, intentando arreglar su «coladura» anterior.

Y en parte para huir de las pre-

guntas que pudiera proferir su obeso cuñado, y en parte excitado por el alcohol trasogado, al fijarse en una camarera que acompañaba mecánicamente con sus pies el ritmo de las notas musicales que unos músicos arrancaban a sus instrumentos, Juanito bailó y cantó, con ella y otras camareras, una cómica canción, armando al final un escándalo imponente que sólo terminó cuando la presencia del «maitre» obligó a huir precipitadamente a las camareras.

... ..
Pocos días después, el transatlántico llegaba al puerto.

El día era hermosísimo, con un sol luciendo como suele hacerlo en los puertos mediterráneos españoles... Todo eran gritos y exclamaciones, idas y venidas, voces y llamadas, todo ello mezclado con el chirriar de las grúas y el ronco trepidar de los motores de los autos...

Los mozos de equipajes corrían de un lado para otro mientras los carabineros ejercían su función fiscalizadora.

Arriba, a bordo del buque, los pasajeros que desembarcaban en este puerto daban los últimos toques a sus equipajes, a la par que inspeccionaban sus camarotes respectivos para evitar posibles olvidos de difícil reparación.

Los pasajeros que seguían ruta se acomodaban en las barandillas de los puentes para presenciar el hermoso espectáculo que desde allí ofrece la ciudad, que sus ojos contemplan, mientras otros, aprovechando las horas que el barco tiene que permanecer anclado, para sus operaciones de carga y descarga, se disponen a bajar a tierra para hacer una rápida visita a la ciudad y traerse de ella algunos recuerdos que luego, transcurridos muchos años, serán una dulce añoranza que refrescará la memoria y alegrará la imaginación.

Y todo son despedidas, adioses y frases más o menos graciosas con que en estos casos suelen saludarse las personas que intimaron durante la travesía y que hace muy pocos días no tenían ni la más remota idea unos de otros... Y quizá, semiescondida en algún rincón de la cubierta o en la soledad de su camarote, alguna linda muchachita procura disimular unas lágrimas que acuden, tenaces, a sus ojos y que son la ofrenda de un amor recién nacido, y que ahora queda roto bruscamente con la marcha del hombre que despertó su corazón...

Juanito, ajeno a estos sentimentalismos y únicamente atento a poner en práctica todas las veces posibles su operación de «vasos comunicantes», se dirige con don Epa-

minondas y su hermana Dorita hacia el magnífico auto que les espera.

Y como Dorita curioseaa todo lo que ve ante ella, Juanito no desperdicia la oportunidad, y dice al millonario:

—Tan pronto como puedas, dame esas diez mil pesetas para el loco.

—Pero ¿no me habías dicho que con cinco mil lo arreglabas?

—No—afirma Juanito, muy convencido—. Te dije nueve mil, pero luego hay que pagarle el pasaje y darle algo suelto.

—Toma—replica don Epaminondas, largándole las diez mil pesetas solicitadas—. Arrégalo en seguida y vente al hotel, que tendré el gusto de presentarte a mi hermana Florita.

—Encantado. ¿Cuántas primaveras tiene?

—¡Cuatro millones! — responde don Epaminondas, yendo directamente al grano.

—¿Qué joven y qué interesante! — exclama Juanito, tambaleándose y viendo ya una nube de billetes de mil revolotear a su alrededor, como el «confetti» en días de Carnaval.

—Nos instalaremos los tres en el hotel Mirasol—prosigue el millonario. Y dirigiéndose a Dorita, que nuevamente se reúne con ellos, le dice—: Así podré oír tu voz siempre que actúes.

—Y para quitarle trabajo a los empleados del hotel, las facturas de los tres que tú las pases a ti—explica Juanito, siempre a la que salta.

Y mientras Dorita le reconviene con un: «¡Juanito!», don Epaminondas río, y comenta:

—¡Qué simpático!

Y los tres montan en el auto, el cual arranca y les deja instalados en el hotel Mirasol, en donde la previsora atención de don Epaminondas ha hecho ya reservar cuatro habitaciones, tres para ellos, y la cuarta para su hermana Florita.

EL ANONIMO DELATOR, Y UN VIAJE INESPERADO

SAMUEL y su esposa Catalina entran en el portal de su casa dispuestos a comer las viandas que mamá Exaltación ha ordenado condimentar con su pericia acostumbrada. Ambos vienen muy contentos y rebosando satisfacción, porque hace más de cinco horas que no han tenido ni el más leve altercado... Pero se habla de turbar la paz de Samuel, y poco después se había de turbar la Paz de Torcuato...

Y el instrumento inconsciente que había de ocasionar estos males era Domingo, el propio Domingo que tanto amaba la tranquilidad y el bienestar de sus inquilinos.

Y Domingo, obrando ya dentro de su papel de instrumento inconsciente, al ver entrar a Samuel y a Catali-

na, avanzó hacia ellos, solícito, con una carta en su mano. Si Domingo se hubiera olvidado de esta carta, la paz de Samuel y la Paz de Torcuato no se hubiesen alterado. Pero Domingo era un portero honrado y meticuloso y de una memoria tal que aun se acordaba del color de los calcetines que llevaba su padrino el día que le dieron a Domingo las aguas bautismales.

Así pues, avanzó hacia el matrimonio, y entregándole la carta a Samuel, le dijo:

—Esta carta que han traído para usted, don Samuel.

Y atento, como siempre, preguntó a Catalina, aquejada hacia poco de un resfriado sin importancia:

—Y usted, doña Catalina, ¿se encuentra ya mejor de su dolencia?

—Mejoría notable. Pronto restablecimiento—respondió Catalina en su lenguaje comprimido.

Y el matrimonio siguió hacia su casa.

Domingo quedó un poco aturullado. El no podía evitarlo... Cada vez que Catalina le hablaba telegráficamente, y esto era siempre que le dirigía la palabra, pues Catalina no hablaba a él ni a nadie de otra forma, Domingo veía esfumarse rápidamente sus conocimientos de construcción gramatical y acababa por hablar como podía.

Nada más desaparecer Catalina y Samuel por la escalera, entraron en el portal un señor y una señora que deseaban alquilar piso y que llevaban dos años, tres meses y cuatro días sin encontrar lo que buscaban. Casi a un tiempo interrogaron al portero.

—¿Quiere usted decirnos cuánto renta el piso?—dijo el señor.

—¿Cuántas habitaciones tiene?... ¿Es claro?... ¿Entra el sol?... ¿Tiene galería?... ¿Hay lavadero?—dijo la señora.

Y Domingo, aturdido aun, les contestó muy seco:

—Piso alquilado. Inútil molestar portero. Saludos. Domingo.

Y dejó al matrimonio con un pal-

mo de narices, que le miró como quien mira a un bicho raro.

Mientras esto ocurría en el portal, Catalina, ignorante de la difusión que iba alcanzando su método lingüístico, entraba en el despacho de Samuel, tras de ochar un vistazo a la cocina, y preguntaba a su marido, que acababa de leer la carta y que no las tenía todas consigo:

—¿Qué dice carta?

—Nada. Cosas de negocios... Tengo que salir de viaje para un asunto muy importante.

—Aprovecharé ausencia. Sesión extraordinaria Club urge; urge mi presencia.

Pero Samuel había mentido... La carta no hablaba de negocios... La carta era un anónimo, y decía así:

«Su mujer le engaña. Si quiere sorprenderla vaya al té del hotel Mirasol.—Uno que no se mete en nada.»

Y por eso, para tener más libertad de acción, era por lo que Samuel había pretextado tener que salir de viaje.

Y sin embargo, la mentira que Samuel forjara, era realidad cinco metros más a la derecha, en casa de su cuñado Torcuato, pues a esta misma hora éste convencia a su celosa mu-

jer de la necesidad absoluta que tenía de salir de viaje a un pueblo cercano.

—Pero ¿tan imprescindible es ese viaje?—interrogaba la celosa Paz.

—Se trata de una consulta en un pueblo; hay un niño muy grave y mi deber me exige este sacrificio —aclaraba Torcuato para quien, como sabemos, la Medicina era un sacerdocio.

—Estoy harta de tu carrera de médico, ¡muy harta!...—protestaba Paz confundiendo una carrera con un banquete.

—Vamos, mujercita mía, si son los celos que no te dejan vivir.

Y todo fueron preparativos y prisas y consejos en las casas de ambos Capitelos y Tontescos, ordenando lo preciso para aquellos inesperados viajes, uno falso y otro verdadero.

LAS APARIENCIAS ENGAÑAN, O VER... Y NO CREER

SAMUEL salió de su casa y, para hacer tiempo, se fué a los alrededores de la ciudad. Así evitaba ser visto y tenía tiempo y soledad para reflexionar...

El sabía que el amor para ser firme y duradero tenía que apoyarse en una confianza ciega y que toda duda que en él se infiltra es como un gusano que introducido en un fruto lo va royendo, lenta pero inexorablemente, hasta pudrirlo por completo. Samuel reflexionaba, y se decía que Catalina no le había dado nunca pretexto ni motivo para dudar de ella, y reconocía que su sola presencia en el hotel Mirasol era ya

una ofensa para la virtud de su esposa.

Si Catalina era inocente, como indudablemente lo era, y algún día se enteraba de esta duda que había pasado por la mente de su esposo, ¿cuántas palabras de reproche no le dirigiría?... Y no bastaba a consolar al turbado y celoso Samuel el pensamiento de que Catalina, dado que siempre usaba medios de expresión lacónicos, acabaría por lo menos cuatro horas antes que cualquier otra esposa en caso semejante. No, esto no consolaba a Samuel, aunque era una razón de peso.

¿Iría?... ¿No iría?... Y Samuel deshojaba la margarita de sus dudas

sin saber qué actitud tomar, y tan pronto se decía enérgicamente: «Sí, iré», como a renglón seguido se contestaba: «No, no haré caso». Y así pasó el tiempo, hasta que llegó la hora de comprobar la certeza del anónimo. Y en el último minuto, aparecieron en la memoria de Samuel una multitud de detalles aparentemente sin valor y a los cuales él no había dado nunca importancia alguna, pero que ahora, en este día amargo, adquirían un relieve insospechado...

Eran palabras que, vistas y examinadas con el nuevo cristal que Samuel ponía ante sus ojos, cobraban un nuevo sentido.

Eran miradas que él creyó entonces distraídas y que ahora aparecían claramente como señales indicadoras de alguna entrevista o de algún enamoramiento... Eran salidas imotivadas y con prisas mal disimuladas que él atribuía a olvidos involuntarios y que al presente veía o creía ver claramente que obedecían a necesidades de acudir a algún sitio en donde la esperaban y que la nervosidad, producida por el temor de ser descubierta, la obligaban a no tener sosiego.

Era, en fin, un atormentarse y dar valor a cosas tan claras y tan sin sospecha que sólo la turbación pa-

sajera de su espíritu podía darle algún crédito...

Y, decidido, Samuel emprendió el camino hacia el hotel Mirasol.

El amor lo mismo hace sufrir cruelmente a las personas que lo sienten, como los eleva a las cumbres de la felicidad. En este último caso se encontraba don Epaminondas, que en el hotel Mirasol bailaba, dichoso, con Dorita a los acordes de una orquesta que ejecutaba un «swing» de moda.

—Estos fox modernos son deliciosos—afirmaba don Epaminondas mientras bailaba anhelante y fatigadísimo—. Se cansa uno, suda uno y se revienta uno... Me parece más cómodo descargar vagones en la estación.

—Más de prisa, hombre, más de prisa; si parece que estás bailando un vals lento—le decía Dorita.

Y el bueno de don Epaminondas, obedeciendo a los caprichos de su tirana, saltaba, brincaba, sudaba, jadeaba y hacía, en fin, todo menos bailar... ya que no se podía llamar bailar, sin ofender a la musa Tersícore, a las cabriolas que daba el millonario.

Cerca de ellos, también bailaba otra pareja más o menos lesionada por las flechas de Cupido: eran Juanito y Florita... Desde que don Epa-

minondas se la presentó, nada más llegar al hotel, Juanito empezó a poner el cerco a la solterona, o, mejor dicho, a los cuatro millones de la solterona... Pero comprendió que era innecesario aguzar el ingenio para lograrlo, ya que Florita quedó presa en sus encantos desde el mismo instante en que le puso los ojos encima.

Y ya empezaba a parecerle pesado a Juanito aquella empalagosa asiduidad de Florita, la cual no le dejaba a sol ni a sombra, y se necesitaba toda la fertilidad de recursos de Juanito y su poderosa imaginación para poder escapar a tan tupida red.

—Eres la pluma vaporosa, la frágil gacela, la mujer cañón—susurraba Juanito al oído de Florita mientras la estrechaba en sus brazos y bailaba cadencioso.

—¡Bah!, ya sé que mis encantos son escasos y mis gracias son pocas—dengueaba Florita.

—Tienes cuatro millones... de atractivos—confesaba Juanito, en un arranque «sentimental».

Pero ya el baile había concluido, con gran alegría de don Epaminondas y otra no menor de Juanito y ambas parejas se reunieron.

—En la habitación tenemos ya preparado un refrigerio—dijo Juanito—, Florita y yo vamos subiendo mientras tú pagas la cuenta.

Y dejando a su hermana con don Epaminondas, Juanito salió al «hall» del hotel con Florita. Pero nada más salir, cambió de color... La cosa no era para menos... Allí, en el propio «hall», estaba un grupo de acreedores que le esperaban, probablemente con la pretensión ilusoria de cobrar las pesetas que les adeudaba Juanito. A éste no le asustaban dos o tres acreedores más o menos (más bien más), porque desde que tuvo uso de razón frecuentó tales compañías con una constancia que dice mucho en su favor de la firmeza de su carácter. Pero el caso ahora era distinto... Los acreedores lo eran porque Juanito no les había pagado los muebles, ropas y alhajas que para la boda de su hermana les había encargado... Y lo malo del caso era que él había recibido de manos de don Epaminondas (y con creces, ciertamente) las cantidades que adeudaba.

Y es que Juanito era de los que opinaban que como el dinero es redondo hay que hacerlo circular hasta que se desgaste y volatilice por sus propios movimientos y de acuerdo con sus teorías (él era un hombre de acción, no un teórico), cada vez que tenía una moneda a su alcance la empezaba a hacer rodar con tal ímpetu que en seguida la perdía de vista.

Juanito era hombre de recursos e inmediatamente trazó su plan. Lo primero era atajar a Florita. Así que, cariñosamente, le dijo a su prometida:

—Sube a la habitación, querida, que en seguida voy. Tengo que dar un recado a estos señores.

—Arriba te espero. Apolo—murmuró Florita, poniendo unos ojos que le causaron a Juanito más terror que los propios acreedores.

Mientras Florita dando saltitos juveniles, cual paloma juguetona, subía las escaleras del «hall», Juanito se acercó a los acreedores y, tras muchos razonamientos y usando de toda su fuerza persuasiva, logró convencerles para que volvieran más tarde.

—Supongo que no tendremos que volver otra vez — exclamaron los acreedores.

—¡Ah! Eso como ustedes quieren—replicó Juanito, que no se atrevió a decirles que eso sería lo ideal.

El atribulado Samuel llegó entonces al hotel y se fué como un rayo a la sala de fiestas. De una ojeada recorrió toda la sala y se quedó atónito: allí, lujosamente vestida con un traje de «soirée», se hallaba su esposa acompañada de un hombre gordo, el cual pagaba la nota de gastos a un camarero.

Samuel no quería dar crédito a lo

que sus ojos presenciaban... ¿Cómo era posible que su Catalina, tan severa y recatada en el hogar conyugal pudiese ser esta misma mujer que tenía en su cara una expresión tal de alegría, de frivolidad y de modernismo?... De no haberlo visto, nunca lo hubiera creído. Pero la prueba palpable, irrefutable, estaba allí. El anónimo decía la verdad...

Y como quiera que la infiel, escoltada por su rival, venía en dirección a la puerta de salida, en la cual aun permanecía Samuel, éste se escondió y fué siguiendo a la que creía su mujer y que no era otra que Dorita, su hermana gemela, quien, al lado de don Epaminondas se encaminó a la habitación de Juanito.

Dentro de esta habitación, Juanito soportaba las cariñosas miradas que le prodigaba su «tormento». ¡Cuatro millones eran cuatro millones!...

—¡Quieto, Juanito; no te muevas. No te acerques a mí hasta que esté mi hermano presente—decía Florita—. Así, solos, me da mucha vergüenza y mucho miedo.

—No sé por qué te amo más, si por tu belleza o por tu candor—replicaba Juanito, mirando insistentemente a la puerta, con la esperanza de que entrara alguien.

—¡Oh, esta rojez de mi rostro! —cursileaba Florita—. ¡Es el pavo

que se me sube!... ¿Terminaste ya las compras del equipo de novios?

—añadió ella.

—Sí, Epaminondas se ha empeñado en que yo corra con todo—dijo Juanito, viendo pasar por la estancia las sombras de todos los alrededores.

—¿Y tú corres?

—Que se me pierda de vista.

—¡Truhán!... Para nuestra boda yo también te daré el dinero, porque quiero que tú te encargues de comprarlo todo.

—Como tú desees, querida.

La puerta de la habitación se abrió y dió paso a Dorita y don Epaminondas.

—¿Pasamos al cuarto de baño a arreglarnos un poco?—dijo Dorita a su futura cuñada.

—Pasemos, pero no nos hace falta. La belleza natural es la belleza perfecta.

Quedaron solos Juanito y don Epaminondas, y el primero aprovecha la ocasión para darle otro eslabazo.

—¿Te acuerdas de aquel loco de quien te hablé en el barco que está enamorado de mi hermana?

—Sí—afirmó el crédulo y optimista don Epaminondas.

—Dice que si no le doy veinte mil pesetas, dará el escándalo y evitará la boda.

—Bueno, ¿y por qué no se las has dado?

—¿Yo?... Pero si no tengo una peseta...

—¿Y el dinero que te di para los muebles, vestidos y joyas de mi boda?

—He pagado todas las facturas... Ya pasaremos cuentas. Créo que todavía me debes algo.

Las dos mujeres vuelven a entrar en la habitación, ya retocada su «toilette», y Dorita canta graciosamente acompañada por la música de la gramola.

Dorita termina de cantar... Todos ríen, contentos y alegres, y éste es el momento en que Samuel, que lo ha espiado todo a través de la cerradura de la puerta, irrumpe colérico en el cuarto, exclamando:

—¡Ah!... ¡Sorprendida en flagante delito de adulterio!

Las dos mujeres y don Epaminondas quedaron, naturalmente, sorprendidos ante la entrada de aquel energumeno, el cual interpretó la sorpresa de muy distinta manera, atribuyéndolo al temor que experimenta toda esposa infiel al ser descubierta en sus davanos.

—¿Quién es usted?—balbuceó el millonario.

—El vengador de su honra—replicó Samuel, remontándose a las cumbres de la tragedia. Y encarán-

dose con Dorita, a quien él creía Catalina, la increpó: ¡Mi presencia ha helado la sangre en tus venas!

—¿Conoces a este señor?—interrogó Florita.

—Por mi desgracia y para mi deshonra, ¡es mi esposa!—siguió, melodramáticamente, Samuel.

—¡Miente! ¡Es usted un loco!

—Niegas al marido delante del amante... Mereces ser ametrallada y bombardeada.

—Pero ¿qué está usted diciendo?—preguntó don Epaminondas, a quien estaba asaltando una sospecha que se lo aclaraba todo.

—Es Catalina, la presidenta del «Club de las pocas palabras». ¡Es mi esposa!

—¡Ah, ya caigo!... Es el loco de quien me habló Juanito.

—¡Cobarde!—rugió Samuel.

—Ande, ande...—siguió, conciliador don Epaminondas—. No se ponga usted así, que ya sé que lo que usted va buscando es dinero.

—¡Lo descuartizo!

—Le entregaré a usted diez mil pesetas más y todo arreglado, ¿eh?—prosiguió el millonario, encantado de sus naturales dotes diplomáticas.

—¡Villano!... Pero ¿usted cree que el honor de un marido se vende?

Despreocupadamente sale Juanito del cuarto de baño, pensando en

comer el opiparo té que tienen servido.

—¡Ea, a comer!

Pero al alzar la vista ve a un señor totalmente desconocido para él (Samuel), y se disculpa:

—¡Caramba!... No me había dado cuenta... Muy buenas, señor. Si quiere usted acompañarnos...

—Aquí tenemos al loco enamorado de tu hermana—le dice Epaminondas.

Juanito a poco se cae del susto al ver corporizado al loco que creó su fantasía. Pero el susto le duró poco al oír estas palabras de Samuel:

—¿Con que también de jerga, mi queridísimo cuñado, el ilustre doctor?...

La carcajada fue general. Esto de llamar doctor a Juanito tenía gracia indudablemente.

Don Epaminondas, siempre pacífico y deseoso de arreglar las cosas, aconsejó a Samuel, que al ver el cinismo de su esposa y el regocijo de los que la acompañaban, empezaba a ver sus ojos nublados por la sangre.

—Buena, no se acalore usted. Quizá le sentaría bien una ducha fría.

—¿Una ducha fría a mí?... ¡Maldita sea!... ¡Lo voy a freír a tiros por cínico!

Y Samuel, en el colmo de su in-

dignación, lleno de celos y de ira, sacó una pistola con intención de disparar sobre aquel que creía su rival y que, en vez de reconocer su culpa, aun le escamecía.

El momento era grave. El terror se apoderó de Juanito y de Dorita, así como de don Epaminondas. Florita optó por desmayarse. Pero la providencial entrada de un camarero, portador de dos cubos de champán, lo solucionó todo. El camarero, al entrar en la habitación y ver a

un hombre que amenazaba pistola en mano a sus huéspedes, descargó sobre la cabeza de Samuel un fuerte golpe con la botella de champán, que le hizo caer al suelo sin sentido.

Don Epaminondas, corazón generoso, al ver a Samuel tendido en el suelo, cogió el cubo de champán y vaciándolo íntegramente sobre el esposo infortunado, le decía bondadoso:

—Esto siempre es bueno.

Y lo puso hecho una sopa.

«EN BOCA CERRADA NO ENTRAN MOSCAS»

AJENA a cuanto ocurría a su esposo, al que creía de viaje, Catalina presidía en su casa una reunión del «Club de las pocas palabras», del cual, como ya sabemos, era presidenta.

Una inmensa satisfacción se reflejaba en su rostro, y en verdad que el motivo que lo originaba era bien comprensible: doña Exaltación, el enemigo más recalcitrante que hasta el momento tenía su labor de depuración idiomática, había sido captada para el redil y hoy asistía también a la sesión extraordinaria por primera vez.

Infatigables esfuerzos le costó a Catalina lograr que su suegra consintiese en adherirse a tan loable tarea, pero al fin lo había conseguido, y allí estaba doña Exaltación, acompañada de doña Leona, quien, sorda como era, le tenía todo sin cuidado.

Una treintena de socias completaban el número de las allí reunidas. Unas dejaron a sus hijos al cuidado de las criadas, otras aplazaron para mejor ocasión el repaso y cuidado de las ropas de sus familiares, y todas abandonaron sus quehaceres domésticos para consagrarse por entero a la noble, enaltecedora e histórica

misión que Catalina había emprendido sola y en la cual ellas la seguían.

Y ahora escuchaban atentísimamente a su presidenta, que les decía:

—Muchas impuestas mayo último, socias habladoras, dos mil pesetas.

—Pido palabra—interrumpió una adherida.

—Hable.

—Credo Club: procurar que mujeres hablen poco. Solicito mayores sanciones, habladoras.

—Asóciome—exclamó Catalina.

—Adhesión—monologuó una.

—Conformidad—concluyó otra tercera.

—Hablado bastante—cortó Catalina—Propongo presidenta honoraria, señora Vázquez.

—¿Méritos?—inquirió uno de aquellos antidotos contra las cotarras.

—¿Palabras pronunciadas diariamente?

—Es muda—silabeó Catalina.

—Aceptado—corearon todas.

—Levantada sesión.

Las socias comenzaron a incorporarse para salir a la calle, pero una voz colérica, la de doña Exaltación, las retuvo en sus asientos.

—¡Oigan!... ¡Oigan!... Pido la palabra. Este es un club de chafadas y de neurasténicas, y como las mu-

jeres hemos nacido para charlar, para murmurar y para criticar, lo demás es perder el tiempo. Yo, como mujer, protesto, protesto y protesto de este club anodino y absurdo.

—Multa cien pesetas—dijo Catalina, dando con el mazo un golpe en la mesa.

—Pago ahora mismo cien pesetas—siguió vociferando aquel espíritu de la contradicción—Doxcientas pesetas, las pesetas que ustedes quieran, pero sigo protestando.

Y con sus gritos disolvió la reunión de una forma más eficaz que la que utilizan en Norteamérica para disolver las manifestaciones alteradoras de la paz ciudadana, cuando emplean los gases lacrimógenos.

Las últimas mujeres telegramas se cruzaron en el portal con Samuel, que regresaba furioso del hotel en que había sorprendido la infidelidad de «su» mujer.

Cuando volvió en sí, gracias a los cuidados hidráulicos aportados por don Epaminondas, quien se apresuró a ponerse a salvo por si acaso, Samuel fué arrojado más o menos amablemente del hotel, y pensando en la forma de vengarse volvió a su casa.

A su llamada acudió una doncella, que, solicita, le dijo:

—¿Qué tal le ha ido al señor en el viaje?

—¡A usted qué le importa!—fue la respuesta de Samuel.

—La señora está en el salón con doña Leona, doña Exaltación y la señorita Paz—informó la doncella.

—¿Cómo?... ¿Que mi esposa se ha atrevido a entrar en esta casa?

—Pero sí no ha salido de ella.

—Es usted una hipócrita. ¿Con que la señora no ha salido de casa? ¿Cuánto le han dado a usted por su complicidad?—bramó Samuel mientras se dirigía al salón.

Y su estupor llegó al colmo al ver a su esposa que, muy tranquilamente, se acercó a él al verle entrar en el salón.

—Pero ¿has tenido el cinismo de volver a esta casa? No creas que pienso perdonarte.

—Marido perturbado—sentenció Catalina.

—Eres una esposa indigna. Sí, señoritas, indigna—continuó Samuel dirigiéndose a las dos suegras y a su cuñada—Ha estado toda la tarde con su amante en el hotel. ¡Allí les he sorprendido «in fraganti».

—Ultrajado honor. Afrenta imperdonable. Urge desmayo—dijo Catalina. Y se desmayó.

—Se ha desmayado—exclamó

doña Exaltación, dirigiéndose a Paz—Avisa a tu marido.

—Esta fuera. Se encuentra en un pueblo donde tiene una consulta.

—Una consulta, ¿verdad?—tronó Samuel—Eso es otra farsa. Tu marido en estos momentos está de juerga, medio borracho y haciéndole el amor a una dama en la habitación número 42 del hotel Mirasol.

—¿Qué dices?...—prorrumpió Paz—Si eso es cierto lo mato, y no me remorderá la conciencia. El, como médico, ha matado a muchos y por las noches roncaba.

—¿Qué pasa?—preguntó doña Leona, que no alcanzaba a comprender por qué se agitaban y gesticulaban todos tanto.

—¡Que nos vamos en su busca!... ¡Es un infame!... ¡Vamos al hotel Mirasol!

—¡Ah, muy bien!—asintió, complacida, la sorda, que no se enteró más que de la última frase—Siempre me ha gustado la vida de hotel... ¿Estaremos muchos días?

—¡Vámonos!—contestó Paz.

Y dándole un tirón se llevó a su madre, saliendo ambas del salón, en donde Catalina seguía desmayada y completamente feliz, ya que aquel desmayo le obligaba a permanecer en una forma que era toda su ilusión: no decir palabra.

PAZ DECLARA LA GUERRA

AGITADISIMA, con todos los nervios a flor de piel, Paz, deseando ya que llegase el instante de encontrarse al «mujeriego» de su esposo, interroga al conserje del hotel:

—¿El señor Capitulo?

—Habitación 42.

—Gracias.

Doña Leona, que sigue creyendo que la visita que hacen al hotel es con objeto de alquilar unas habitaciones y pasar allí unos días, dice al conserje:

—Yo desayuno chocolate con picatostes.

—Muy bien—replica el conserje, y sigue, dirigiéndose a Paz—: ¿Quiere usted que avisemos al señor Capitulo?

—No, prefiero darle una sorpresa.

Y Paz sube hasta la habitación número 42, que es la que ocupa Juanito y al ver que la puerta no está cerrada con llave, se introduce en ella.

Echa una ojeada de inspección y ve moverse el pestillo de la puerta que comunica con el cuarto de ba-

ño. Obliga a su madre a esconderse tras de un biombo, y seguidamente hace lo propio.

Juanito sale a la habitación y al oír el timbre del teléfono, que suena en este instante, se dirige al aparato. Seguramente es Florita o su hermana, que le avisarán las señas del nuevo hotel adonde piensan trasladarse para evitar tropezarse nuevamente con Samuel, y con la pistola de Samuel, del «loco», como todos le llaman.

Efectivamente, tal como suponía, es Florita quien se halla al otro extremo del hilo telefónico.

—¿Eres tú, Florita?... Sí, ahora voy a reunirme contigo en seguida... Me parece muy bien cambiar de hotel, porque ese loco estropearía nuestro idilio... Hasta ahora mismo, pinchoncita mía... Toma... toma...

Y Juanito le manda dos sonoros besos por conducto del teléfono.

A duras penas podía Paz aguantarse tras el biombo-mientras «su» esposo hablaba por teléfono con aquella lagartona que le robaba su felicidad. Pero tuvo paciencia hasta cerciorarse, sin que hubiese lugar a dudas, de la traición de que

era objeto. Mas al acabar Juanito de hablar e intentar marchar, le salió al paso, interponiéndose entre él y la puerta y diciéndole secamente:

—¡Buenas!

—¿Qué desea usted? —preguntó el pseudo esposo.

—¿Qué deseo? —replicó Paz persiguiendo a Juanito con una lámpara de mesa—. ¡Sinvergüenza!... ¡Mal hombre!... ¡Hipócrita! ¡Farsante!...

—¡Socorro!... ¡Favor! —clamaba Juanito, huyendo despavorido por la habitación.

—¡Cógela, mamá!...

—¿Qué dices?...

—¡Que le cojas.

—¿Quién, yo?

Y doña Leona, con la cara más inocente del mundo, aprovechó la ocasión de que Juanito pasaba por su lado y le puso una soberbia zancadilla, que dió en tierra con el inocente seductor... En su caída, Juanito chocó contra unos muebles, que se derrumbaron sobre él.

—¿Te has hecho daño, pichoncito? —le interrogó Paz amorosamente.

—No —respondió Juanito, interiormente complacido de aquella tierna solicitud.

—Pues toma —dijo Paz, atizándole un golpe con la lámpara y haciéndole ver todas las estrellas co-

nocidas del firmamento, y unas docenas más que no se habían de descubrir hasta pasados cincuenta y pico de años...

Cuando se repuso, atemorizado, salió casi sin conocimiento conducido por Paz y doña Leona. La primera, al cruzar el «hall», dijo al conserje:

—Oígame, conserje, cuando la señorita Florita pregunte por el señor Capiteto le dice que puede visitarle en esta dirección... y que será bien recibida.

Y le alargó una tarjeta que decía:

«Doctor Capiteto Tontesco, Mun-taner, 914.»

Llegados a la casa de Torcuato, Paz advirtió a Juanito, que la escuchaba con terror e incompreensión:

—Con la dignidad de una esposa no se juega, ¿te enteras, adúltero?

—¿Una esposa de quién?

Pero Paz se marchó sin contestarle.

Al quedar solo, Juanito inspeccionó la habitación y lo primero que le llamó la atención fué un retrato de Paz con una dedicatoria que decía: «A mi maridito querido». Después clavó su mirada en un óleo que había en la pared y el cual representaba a Torcuato con su birrete de doctor. Juanito corrió a un espejo, se miró, contempló el óleo nuevamente, y se dijo: «Soy yo, no cabe

dudas. Y se volvía medio loco, preguntándose cuándo habría él estudiado la carrera de medicina, y en qué hora aciaga se le podía haber ocurrido casarse con aquella fiera con falda.

Sus meditaciones fueron interrumpidas por la entrada de doña Leona. Al verla, Juanito corrió a esconderse tras un mueble.

—No te asustes, hijo mío—le tranquilizó la sorda.

—Es que tiene usted unas bromas que son una mbnada.

—Es menester que te recobres, que olvides las horas de alucinación y de juerga que has vivido para reintegrarte a tu vida honrada de siempre, al cuidado de tus enfermos.

—Yo no tengo enfermos, señora—exclamó Juanito.

—¿Qué?—inquirió la sorda.

—¡Que no tengo enfermos!—gritó Juanito.

—¡Los habrás matado!—replicó la suegra, muy convencida—. Y a propósito de enfermos, aquí tienes las cinco mil pesetas de tu última y magnífica operación. Y por lo de tu mujer no te preocupes, que ya la calmaré y volveréis a ser felices. ¡Adiós, hijo mío!

Y la sorda, tras de darle un beso en la frente, se fué a aconsejar a Paz.

Nuevamente se abrió la puerta y una guapa enfermera le preguntó si quería pasar la consulta, que la sala estaba llena.

—Oiga usted, preciosidad, ¿aquí pagan al contado?

—¿Qué pregunta, señor doctor! Naturalmente.

—Pues adelante, hija. No perdamos tiempo, que necesito mucho dinero.

Al propio tiempo que Juanito caminaba hacia la consulta, su enamorada Florita, extrañada por su tardanza, preguntaba al conserje del hotel:

—¿Sabe usted si está el señor Capiteto?

—Se lo han llevado dos señoras.

—¿Qué dice usted? — exclamó Florita, sorprendida temiendo que también se le escapaba aquella oportunidad de casarse.

—Que si quiere usted verlo que vaya a estas señas.

Y el conserje entregó a Florita la tarjeta que Paz le había dado a él. Florita la leyó y se la dió a su vez a Dorita, añadiendo:

—¡Corre a su lado, Dorita! Yo voy a rejuvenecerme un poco y en seguida me reúno contigo. ¡Ay, Dios mío! ¿Me lo habrán raptado?

Y se fué sollozando a rejuvenecerse.

«LA OCASION LA PINTAN CALVA»

JUANITO no comprendía bien lo que le estaba ocurriendo, pero como podía sacar lucro de ello determinó que lo mejor era no meterse en averiguaciones. La sala de consultas estaba llena... Pues a recibir y a recetar a todos, a embolsarse el importe de las consultas... y a vivir.

Poniendo cuidado y no recetando más que en el caso de verse obligado a ello, y aun así, haciéndolo con cosas absolutamente inofensivas, podría salir del paso...

Dió orden de que pasara el primero... y pasaron cuatro: una señora y tres niños. Recordemos que los celos de Paz habían obligado a Torcuato a no visitar más que a menores.

—Perdone, doctor. Ya sé que su consulta es sólo para niños, pero yo necesito de los consejos de una eminencia como usted y si traigo tres niños es para despistar.

—Veamos, veamos... ¿qué tiene usted?—dijo el nuevo Hipócrates.

—Se trata del estómago, doctor.

—¡Oh!... Una mujer tan guapa y tan llenita no tenía más remedio

que tener estómago. Debe tener usted un estómago precioso.

—No lo crea usted—afirmó con pungida la paciente.

—Vamos... vamos... ¿qué le pasa?

—Pues que la tristeza mayor de mi vida, doctor, es que lo que más me gusta es lo que peor me sienta: el bistec con patatas.

—Pues nada, no se preocupe; voy a hacerle una receta admirable.

Y Juanito, sin vacilar ni un solo segundo, se fué derechito a un escritorio, sacó la pluma y se puso a escribir.

—Comérmelo y ponerme a morir es todo uno—decía la cliente mientras Juanito escribía.

Juanito, una vez terminada la receta, sacó el papel, dejó la pluma y se puso a leer muy campanudamente:

—Antes del desayuno y de cada comida, se va usted a tomar... un bistec con patatas.

—¿Cómo?... ¿Qué dice?...—exclamó la cliente, no sabiendo si soñaba o estaba despierta.

—Yo soy una eminencia, señora. Cuando un estómago no digiere la

carne, pues carne a todas horas; o se acostumbra el estómago o se hace polvo del todo. ¿Son ciento cincuenta pesetas?

—Me ha hecho usted feliz, doctor—dijo, jubilosamente, la cliente, interiormente encantada de ver que podía seguir comiendo lo que le daba la gana, cosa que, por otro lado, nunca había dejado de hacer; pero ahora ya tenía un argumento convincente que oponer a las reconvenções de su esposo: la receta de Juanito.

—Es usted el único—siguió diciendo, jubiloso.

—Pues ya ve usted. Yo estaba en la idea de que éramos dos—confesó Juanito, acordándose del retrato del óleo y de las palizas.

—Es usted un sabio—continuó piropeando la cliente.

—Gracias, gracias—decía Juanito, aceptando modestamente tanto elogio, mientras despedía y acompañaba a su primera cliente hasta la salida. Y como comprendía lo que pasaba en el alma de la señora y era de los que conocían el refrán que dice: «la ocasión la pintan calvas», se dispuso a aprovecharse cuanto pudiera.

—Son trescientas pesetas.

—¡Oh, doctor, la ciencia no tiene precio!...

—No regateemos más; se lo dejo

en mil trescientas treinta y tres, que es precio de ruina».

Los dos habían llegado ya al rellano. Allí recogió Juanito los billetes que le dió la señora, a la que despidió ceremoniosamente.

Al propio tiempo salían también al rellano Catalina y doña Exaltación, muy compungidas, porque Samuel, creyendo culpable a su esposa, había abandonado el domicilio conyugal.

—Déjame a mí, Catalina—consolaba doña Exaltación—. Te prometo buscar a Samuel y convencerle para que vuelva a casa.

También Domingo, que bajaba de los pisos superiores, coincidió en el rellano con Catalina y Juanito. Domingo venía preocupado; pero como ante todo era un hombre educado y un portero consciente de su obligación, saludó respetuoso, al pasar, a Catalina y a Juanito, a quien confundió con Torcuato.

—Muy buenas, doña Catalina... Buenas tardes, doctor.

Y siguió su camino hacia la portería... Llegado a ella, vió al auténtico Torcuato, que regresaba de su consulta pueblerina.

—Buenas tardes, Domingo—le saludó el doctor—. Todo el día fuera de casa...

—Es verdad, todo el día fuera—afirmó Domingo, distraído; pero

luego, recordando que había dejado a Torcuato en el piso (así lo creía él) y que ahora se lo encontraba en el portal, comenzó a hacer viajes y gestos, como aquel que ve visiones. Indudablemente, su cabeza estaba algo débil; tendría que consultarse con un buen médico para que le curase de estas alucinaciones.

Y en este momento entró también Dorita, quien con la tarjeta de Torcuato en la mano, se cerciora de la exactitud de las señas y sube las escaleras, tras de saludar al portero:

—Buenas tardes.

Ahora sí que Domingo teme volverse loco. ¿Cómo pudo haber bajado doña Catalina y volver a subir tan rápidamente?... No, decididamente su cabeza no rige de un modo normal. Aquello hay que cortarlo rápidamente... Y como un loco, corre a la placa de timbres y se pone a tocarlos todos equivocadamente.

A la llamada, salen al rellano las doncellas de Torcuato y Catalina. Esta, al ver a Dorita, la confunde y sale a comprar agua de azahar... Dorita, al ver abierta la puerta, se mete en el recibidor.

Mientras, Torcuato se ha aseado un poco en el cuarto de baño. Viene algo cansado, pero contento... Ha podido intervenir con éxito en la en-

fermedad del niño del pueblo, adonde fue urgentemente llamado, y tiene absolutamente confianza en salvarle la vida que, de llegar un poco más tarde, hubiese sido difícil conservársela. Como para Torcuato la medicina era un sacerdocio, según sabemos, estaba satisfechísimo, y su único anhelo era explicarle a su mujer, tan adorida, todas las cosas ocurridas durante las horas de su separación y escuchar de sus labios las frases cariñosas que ella le prodigaría, al igual que lo hizo en otras ocasiones parecidas.

Lleno su ánimo con estos amorosos pensamientos, abrió la puerta de su habitación matrimonial y quedó allí clavado, sorprendido al ver a Paz llorando encima del lecho.

—¡Paz!... ¡Pichona mía!... ¿Qué te pasa?...

Pero Paz, que creía que su marido era el juerguista del hotel, no le recibió con palabras de amor ni mucho menos. Por el contrario, le increpó, exasperada:

—¡Nada de Paz! Desde hoy guerra a muerte.

Y cogiendo una figurilla de la mesita de noche, se la tiró con tal tino que a no cerrar Torcuato prestamente la puerta le hubiera descalabrado la cabeza.

Confuso y sorprendido quedó

Torcuato por aquel recibimiento que no tenía nada de versallesco, y como pasara por allí, por el pasillo, la doncella, le pidió una explicación para aquella conducta inexplicable y extraña:

—¿Qué le pasa a la señora que está tan nerviosa?

—No creo que sea la cosa para que esté bailando—replicó la doncella—¡con lo que usted le ha hecho!...

—¿Ye?... —exclamó Torcuato, que cada vez comprendía menos lo que pasaba. Y se quedó hecho un mar de confusiones.

UN ENREDO DE FAMILIA

POR más vueltas que le daba al magín, Torcuato no podía entender nada de lo que le estaba sucediendo. ¿Por qué su mujer le arrojaba objetos en vez de estrecharle en sus brazos, como hacía siempre que él se había ausentado, obligado por el ejercicio de su profesión?... ¿Por qué la doncella, siempre tan respetuosa, le contestaba tan malhumorada y con frases cabalísticas?... No; ni se explicaba aquello, ni menos se iba a explicar lo que iba a ocurrirle.

Y lo que iba a ocurrirle era que los acreedores de Juanito iban a propinarle una soberbia paliza, confundiéndole con su hermano...

Los acreedores habían vuelto al hotel y enterados por el conserje de «la nueva dirección» de Juanito,

se presentaron en casa de Torcuato, decididos a cobrar fuese como fuese. Y en el momento en que Torcuato, en el recibidor de su casa, se dedicaba a descifrar el jeroglífico de la conducta de su esposa, entraron los tres en dicha estancia y le recriminaron violentamente:

—¡Sinvergüenza!... ¡Se ha burlado usted de nosotros!

—¡Le exigimos el pago de las joyas y de los vestidos de señora que nos ha comprado!...

—Por lo visto se ha dedicado usted a regalarle cosas a su amante a costa nuestra...

Y golpe va, golpe viene, vapuleaban a Torcuato de un modo que daba gusto verlo.

Torcuato protestaba inútilmente ante los acreedores, que le golpeaban a más y mejor.

—¡Yo no les debo a ustedes nada!... ¡Ustedes son unos chantagistas!... ¡No les conozco!...

Y cada palabra que pronunciaba era un nuevo estimulante para la indignación de los acreedores que, asombrados por lo que creían cinismo, y no era más que la pura verdad, seguían atizándole...

Anhelante, rauda, veloz, con alas en los pies y en el sombrero, apareció Florita en el recibidor. Tras de rejuvenecerse (así al menos lo creía ella), voló a las señas en que estaba su raptado amor... Al pasar por el recibidor vió a Torcuato. Ella creyó ver a Juanito) y más amorosa que nunca corrió valientemente a defenderle.

—¡Juanito, amor mío!...

—¿Quién es este loro?...—vociferó Torcuato al verse aprisionado por los brazos de aquella jamona.

Los acreedores se fueron y cuando Florita esperaba recibir las palabras cariñosas y las miradas amorosas que su noble actitud merecían, lo que recibió fué un soberbio paraguazo que le propinó Paz, la cual, acompañada de su madre, pronunciaba estas palabras «salvadoras»:

—¡Fuera de mi casa los dos!...

Doña Leoná no decía nada, pero paraguazo que daba, premio que obtenía, pues todos iban derechos al blanco...

Al entrar en su casa, Samuel encontró a Dorita que curioseaba en el recibidor y ni corto ni perezoso corrió hacia ella y la abrazó y la besó, diciéndole:

—Mujercita mía!... ¡Encanto de mi vida!...

Dorita, al ver a Samuel, reconoció en él al «loco» del hotel y empezó a dar voces:

—¡Socorro!... ¡El loco!...—y le atizó una sonora bofetada.

—La que sorprendí en el hotel no eras tú...—insistía Samuel.

—¿Ah, no?

—No, es otra... es tu hermana —aclaraba Samuel, sin dejar de abrazarla.

—Sí... lo que usted quiera... pero déjeme marchar —suplicaba, temerosa, Dorita.

A los gritos acudieron doña Exaltación y Catalina. Esta no podía ver las facciones de Dorita, colocada de espaldas a ella, pero tampoco le hacía falta: le sobraba con ver a Samuel abrazándola. Así que echó mano a la taquigrafía, y dijo:

—Atacado honor propio domicilio. Lavaré ultraje.

Al oírlo, Dorita se volvió y al ver la cara de Catalina, igual a la suya, quedó presa de un ataque de histerismo... Samuel quería explicarle la semejanza, y vociferaba:

—Son iguales... ¡Fíjese cómo se parece a usted!...

Pero Dorita no estaba para nada más que para lanzar carcajadas histéricas.

—¿Que usted se parece a mí?... ¡a, ja, ja... ¿Que usted es igual que yo?... ja, ja, ja...

—Salgo casa. Evapórese, adúltero—decía Catalina, muy digna.

—Vas a volverme loco... Déjame que te explique y sabrás toda la verdad—imploraba Samuel.

—Explicaciones sobran—dijo Catalina, echando una mano a la taquigrafía y otra a un jarrón, el cual aplastó contra la cabeza de Samuel, diciendo:

—Ofensa vengada.

Y salió de la casa.

Unos pisos más arriba y antes de que empezaran todas estas escenas llenas de una dulzura paradisiaca, Inocente se preparaba a afeitarse, para meter después mano a la obra de colocar sus muebles y sus cuadros, que ahora yacían desordenados por toda la casa...

Mientras se afeitaba, Inocente pensaba en la tristeza de su vida solitaria, que no tenía ya más aliciente que encontrar y reunir a los cuatro hijos gemelos de su fiel amigo Torcuato Capitulo. ¡Cuánto envidiaba él, ahora que se encontraba solo y

viejo, las dulzuras de un hogar en que el calor de los hijos y el amoroso cuidado de una esposa hacían la vida tranquila, ordenada y placentera.

En las pocas horas que allí llevaba, había podido apreciar que la calma de aquella casa sólo era comparable a la del desierto. Ni siquiera se oían las acostumbradas desatinaciones de las criadas entonando las canciones de moda. Decididamente pasaría aquí el resto de sus días...

En este punto de sus meditaciones, unas voces estridentes le sobresaltaron, haciéndole pegarse un corte con su navaja; eran las voces de Paz recriminando a su esposo, y los gritos de Torcuato y los acreedores. Huyendo de estos gritos terminó de afeitarse rápidamente y se refugió en otra estancia a la que llegaban las voces un tanto amortiguadas... Dispuesto a completar su instalación, cogió una escalera de mano y se dedicó a colgar los cuadros. Y fué entonces cuando a los gritos primeros se unieron en un crescendo maravilloso los ayes histéricos de Dorita, las exclamaciones de Catalina y Samuel, y los dulces sonidos, que recordaban una tempestad en pleno océano, que lanzaban las gargantas privilegiadas de las dos suegras, que daban el «da» de pecho llamando al portero.

Inocente se asustó, se balanceó... y se cayó de la escalera.

—¡Critos por todas partes!... ¡Tumulto!... ¡Enajenación!...—rugió Inocente—. ¡¡Vengan ruidos!!... ¡¡Me voy a comer a un inquilino!!...

Nuevos ruidos producidos por el pianista relámpago, al golpear con manos, pies, codos, nariz, etc., se aumentaron y se unieron a los que ya había y formaron un conjunto de una grandiosidad tal, que sólo un Wagner redivivo sería capaz de orquestarlo y conducirlo a la apoteosis final sin volverse loco en la empresa.

—¿Y ésta era la casa tranquila?... ¡Maldito portero!...

Pero Domingo, ajeno a esta maldición, escuchaba a Catalina, que, en el portal, decidida a abandonar para siempre a su esposo, le decía:

—Haga favor subir casa. Verá esposo brazos otra.

Obediente y medio stontado por lo que estaba ocurriendo, Domingo subió para cumplir lo que Catalina le ordenaba. Al llegar al rellano de la casa de ésta, oyó la voz de Inocente que, por el hueco de la escalera, le decía:

—¡Domingooooo!... ¡Haga usted el favor de subir que le voy a matar!...

—¡Voy en seguida!...—contestó Domingo, completamente distraído;

mas al darse cuenta de la amenaza, reaccionó y desanduvo los pasos que ya había dado en dirección al piso del mejicano, asomándose al recibidor de Catalina.

En este recibidor se hallaba Dorita sin sentido, presa del ataque histérico. Samuel, a su lado, la abanicaba intentando hacerla volver en sí, y le decía:

—Tú eres mi Catalina, ¿verdad? Si, sí... Tú eres mi Catalina.

Domingo, cuyo cerebro rondaba ya los linderos de la locura, tomó a Dorita por Catalina, y, encontrándolo muy natural, bajó nuevamente al portal.

Mientras él llegaba de nuevo al lado de Catalina, Paz y doña Leona centuplicaban los paraguazos sobre Torcuato y Florita, los cuales, huyendo, salieron a la escalera. E Inocente, para no ser menos, armado con un revólver en cada mano, saltó también al rellano de su piso, vociferando:

—O se callan todos o empiezo a tiros con todo el mundo.

Llegado Domingo al lado de Catalina, ésta le «telegrafió»:

—Usted testigo visto marido inmoral brazos otra.

—A mí me volverán ustedes loco entre todos—respondió Domingo, que ya no tenía la menor noción del tiempo, del lugar y del espa-

cio—. Su marido estaba abrazándola a usted, señora.

—Portero comprado — contestó Catalina.

Y dándole la espalda, se dispuso a abandonar la casa. Pero Juanito que, deslizándose hábilmente, había logrado llegar hasta allí, se lo impidió, diciéndole, muy extrañado al verla sola y tomándola, claro es, por Dorita:

—Gracias a Dios que nos encontramos, hermana. ¿Y tu amor, don Epaminondas, no ha venido?...

—¿Cómo?—exclamó, llena de ira y vergüenza, Catalina.

El mundo se desquiciaba. Ya no había... honradez ni formalidad ni vergüenza, pensaba Domingo. Catalina, ¡doña Catalina!, aquella señora que hablaba menos que un recién nacido y que era más seria que una tragedia en cinco actos, ¡tenía un amor!... ¡Y se llamaba don Epaminondas, por añadidura!... E indignado contra aquella hipócrita, le lanzó al rostro estas palabras justicieras:

—¡Oiga, señora!... ¿Con que tiene usted un amor que además se llama don Epaminondas y viene usted hablándome de moral?...

—¿Quién es este hombre?—preguntó Juanito.

—¿Que quién soy yo?...

—Sí, ¿quién es usted?

—De manera que usted no me conoce, doctor... ja, ja, ja...—y Domingo lanzó una carcajada que si la lanza en Leganés o alrededores se lleva el primer premio por unanimidad... Aquella casa estaba encantada, y aquella familia era una familia como para darle expresiones y no volverla a ver en la vida. Y Domingo, añorando ya la camisa de fuerza, resumió:

—El del principal A, loco; la del principal B, loca; la suegra del A, también loca; la suegra del B, más loca que la suegra del A, y yo más loco que A, que B y que C, y que el mejicano, que está de remate.

Y dando saltitos como un canguro neurasténico, se fué a la portería, y, llamando por teléfono, prosiguió:

—¡Oiga!... ¡Oiga!... ¿Es el manicomio?... Pues aquí les saluda un cliente.

Si Domingo tenía derecho a una plaza en el manicomio, Inocente merecía no ya una plaza, sino cinco o seis avenidas y ocho mercados... Con los pelos de punta, un revólver en cada mano y pegando tiros a diestro y siniestro, bajó a saltos los escalones que separaban su piso del de Torcuato, diciendo a grandes voces:

—¡Me gusta esta casa!... ¡Me gusta!... Es tranquila. Donde encuentre al portero lo frío a tiros...

Al propio tiempo que él, salía Torcuato al rellano en unión de Florita, el alma enamorada, huyendo de los paraguazos de Paz y doña Leona, Sociedad limitada. Paz le gritaba:

—¡Fuera de casa, bigamo!...

Y ya perdidos los estribos, aporreado, maltrecho y viendo que toda su ciencia médica no iba a bastarle para curarle las lesiones, erosiones, arañazos y demás «parientes», Torcuato gritó:

—¡Basta!... Esto es una casa de locos. De un Capiteto y Tontesco no se ríe nadie... ¿se enteran ustedes?, nadie.

Al oír estas palabras, Inocente cesó en su ametrallamiento sistemático, y le preguntó:

—¿Cómo?... ¿Usted es un Capiteto y Tontesco?...

—Sí, señor, ¿qué pasa?—replicó Torcuato, dispuesto a abofetearse con Inocente y con el campeón del mundo de los pesos fuertes.

—¡Al fin!... ¡Qué alegría encontrarlo!... He venido a España corriendito solamente para entrevistarme con ustedes y avisarles la llegada de América de sus hermanos gemelos. Usted debe ser Juanito, ¿verdad?

—¿Cómo Juanito?... ¡Yo soy Torcuato y ésta es Catalina!—repuso Torcuato, señalando a Dorita

que en este instante salía de la casa de Samuel acompañada por éste.

—¡Falso!... Catalina soy yo—gritó desde el portal la interesada, olvidando un tanto su método abreviado.

—Y yo Juanito y aquella Dorita.

—Sí, señor; yo soy Dorita Capiteto y Tontesco.

—¡Estupendo! — exclamó Inocente, el fiel amigo, viendo su misión a punto de cumplirse—. He llegado a tiempo de explicarles este enredo y de evitar que se vuelvan ustedes locos de remate.

Todos asintieron menos Domingo, que había salido de la portería y que había oído el parlamento de Inocente, y Domingo, repetimos, no asintió porque estaba ya como un cencerro. Así que, encarándose con el mejicano, le gritó:

—¿A tiempo?... Oiga usted, Pancho Villa: yo soy Napoleón; ¿qué pasa?...

Todos soltaron el trapo ante esta salida tan inesperada. Pero Domingo les dijo:

—Ya se pueden ustedes reír lo que quieran... Yo me voy marchando al manicomio y, de paso, encargaré una habitación para ustedes.

Y uniendo la acción a la palabra, se dirigió a la puerta de salida.

Don Epaminondas, aquella alma ingenua, optimista y bondadosa,

también llegó al hotel, y también se enteró del lugar al que habían llevado a Juanito dos señoras y que Dorita había venido a verle. Tantas horas sin ver a su adoradísima Dorita era un dolor que don Epaminondas no podía soportar. Por ello se encaminó rápidamente a la casa de Torcuato y, para su mal, llegó a ella en el preciso minuto en que Domingo iba a salir. Don Epaminondas se dirigió a él, y le interrogó:

—Oiga, portero. ¿El señor Capíteto?

—Inquilinos no reciben. Pruébanselo camisa fuerza. Stop. Salen mañana veraneo Ciempozuelos y Sant Boy. Saludos, Domingo—respondió el portero.

Y se marchó diciendo incoherencias y dejando a don Epaminondas estupefacto. Mas de pronto, al alzar la mirada don Epaminondas se vió recompensado en sus esfuerzos y todo lo olvidó: es que acababa de ver a Dorita, es decir, a quien él vió era a Catalina, pero confundíendola con su prometida, se dirigió a ella y la abrazó.

Catalina, al verse abrazada por un desconocido, le pegó un terrible bofetón.

Y no pararon aquí las desventuras del orondo millonario. Samuel, al ver tendido en tierra, medio desvanecido (Catalina todo lo que ahorra—ba en palabras se lo gastaba en puños, al parecer) a aquel hombre, recordó la ducha que le había propinado en el hotel y cogiendo un cubo con agua, de manos de una concella que por allí pasaba, volcó todo el contenido sobre la cabeza de Epaminondas, al tiempo que, riéndose, decía:

—¡Esto siempre es bueno!

Al fin, Dorita aclaró la personalidad de don Epaminondas, y todo fué tranquilidad y alegría en aquella casa; los hermanos, por haberse encontrado y conocido, y los demás por haber contribuido a este encuentro...

Sólo un alma triste, lejos de allí, encerrado en un calabozo, sufría por culpa de los odios tradicionales de Capíteto y Tontesco: era Domingo, el cual salió dando tales gritos y promoviendo un escándalo tan grande en plena vía pública, que hubo que proceder a un prudente encierro hasta que su razón recobrase la plenitud de las facultades mentales.

FIN

MUCHAS GRACIAS, MUCHACHA

(Versión mujer)

FOX-SWING

*Cuando no sabía lo qué hacer
para deshacer
un enredo en el que me metí sin querer...
Cuando no dormía de pensar
que no iba a escapar
de llegar un día con él a casar...
Cuando él no sabía dónde hallar
el dinero que iba a faltar
para el ojar...
Cuando loca ya de cavilar
cómo iba a pagar
el piso, portera y electricidad...*

Refrán 1.º

*Me llegaste, muchacha,
con tus labios pintados,
tus cabellos dorados,
tu cuerpo igualado al de Joan Crawford.
Te bastó una mirada...
Se quedó enamorado...
y él en otra mirada
a ti me comparaba... y robaste mi amor.
En un instante me echaste por tierra
el trabajo de un año para enamorar
a ese muchacho que fue mi quimera...
pero me has devuelto ya la libertad.
Muchas gracias, muchacha;
me evitaste un mal paso,
pero ya en mi regazo
las penas que tengo no podré ahogar.*

Refrán 2.º

*Me llegaste, muchacha,
 con tu traje de gasa,
 aire de castigador,
 risa de triunfadora y miradas de amor.
 Una sola mirada
 le dejó apasionado,
 y él en otra mirada,
 como disculpando... me decía adiós.
 Te imaginabas jugar sólo un rato
 pegando yo el pato, pero en realidad
 lo que me has hecho es ahorrarme trabajo,
 librarme del tajo... y quitarme un pesar.
 Muchas gracias, muchacha;
 mi querer me has robado,
 pero le va a durar
 hasta que otra más bella acierte a pasar.
 Por eso mi pesar
 no me hace llorar.*

Letra y música de SERRAMONT

SEÑORA

FOX BAMPLO

*Mi emoción es tan grande
 que no sé decir nada
 al verme ante una dama
 bella y tan elegante.*

Refrán

*Oh, señora,
 ya no es hora,
 pero mi co... mi co... mi corazón la odora;
 no le diga a su marido*

*que me late, late, late por su señora.
Voy a esperar
si va a enviudar
y entonces me querrá usted aceptar,
o suplicar
a su señor
se muera pronto... pronto, por favor.
De ser verdad
que en un lugar
tiene un palacio digno de envidiar,
¿no sé por qué
no ha de dejar
de lavar platos, barrer y fregar?*

Letra y música del maestro SERRAMONT

AYER DECÍAS...

RUMBA

- JUANITO. — *Cuando la rumba
oigo que suena
yo ni me acuerdo
si tengo pena
ni que muy cerca
tengo a mi morena...*
- DORITA. — *Deshojé una margarita
para saber si me mentías
cuando decías
que solamente
a mí siempre me querías.*
- FLORITA. — *Deshojé una margarita
para saber si me mentías.*
- JUANITO. — *¿Qué contestó?*
- TODOS. — *Sí...*

FLORITA. — *Me contestó...*

TODOS. — *No...*

FLORITA. — *...que sólo a mí querías.*

TODOS. — *Aunque tengas
muy buena suerte en amor,
ten cuidado que es engañador.*

DORITA. — *Deshojé una margarita
para saber si me mentías
y contestó...*

TODOS. — *Sí...*

DORITA. — *Me contestó...*

TODOS. — *No...*

DORITA. — *...que a mí me olvidarias.
Ayer decías que me querías
y hoy ni siquiera un poco me miras.
Temo que un día, si el tiempo me pasa,
quede muy triste y solita en mi casa.*

JUANITO. — *Ayer jurabas que me adorabas,
mas yo sabía que me engañabas,
porque paseando te vi el otro día
del brazo de un conductor de tranvía.*

DORITA. — *Deshojé una margarita
para saber si me mentías
y contestó...*

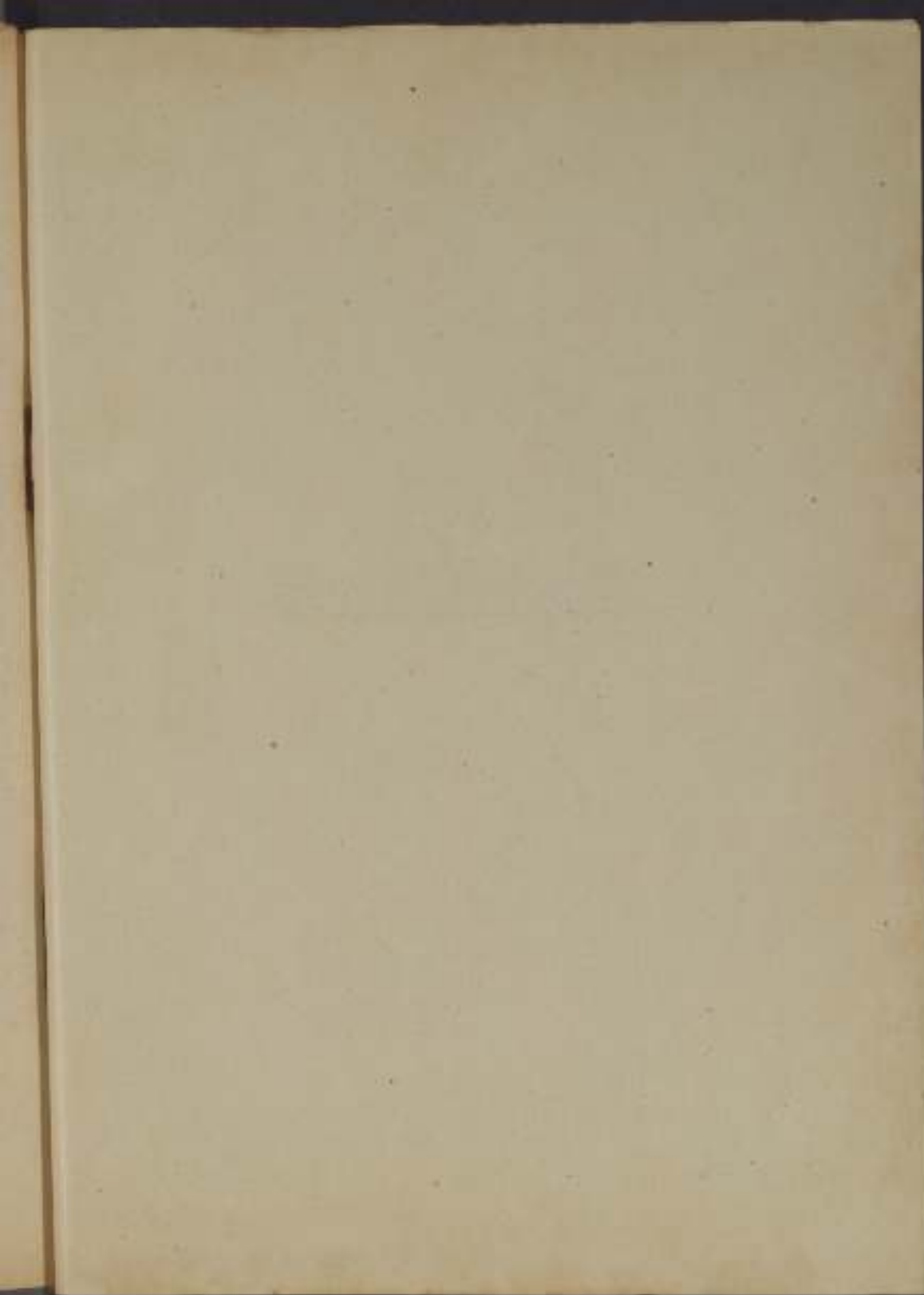
TODOS. — *Sí...*

DORITA. — *Me contestó...*

TODOS. — *No...*

DORITA. — *...que a mí me olvidarias...*

Letra y música del maestro SERRAMONT





2⁵⁰ Ptas.

IMPRESA EDITORIAL
NACIONAL S.A. - SANTIAGO